

RACISMO Y COLONIALISMO*

Roberto Giammanco

Hoy más que nunca es posible entender en toda su plenitud la realidad del racismo y su relación con el colonialismo. El análisis crítico tiene, objetivamente, una oportunidad tal vez única en toda la historia del narcisismo occidental, pero en general prefiere no aprovecharla. Y es natural. Para comprender la dinámica y el significado del racismo, es necesario abandonar la lógica del sujeto-objeto, del Yo-no Yo, en otras palabras, negarse a un silencio cómplice. No es exacto decir que las categorías que el hombre occidental emplea están empapadas de racismo, cuando son el producto máspreciado y refinado de la vejación, del predominio de la esfera del tráfico, de la unilateralidad social.

Todo razonamiento sobre los excluidos de todo el mundo, los oprimidos en distinto grado y con métodos diferenciados, humillados, quemados vivos, privados de algún modo del derecho a ser hombres, debe ser ante todo un razonamiento desde abajo, enfocado desde el ángulo de la exclusión, debe convertirse en un esfuerzo por ver las cosas a la luz de lo que la «civilización» clasifica sin vacilaciones como lo inferior, lo anormal, lo patológico.

Enfrascada durante siglos para traducir en términos aceptables y de compensación los progresos de la dominación del hombre blanco sobre las «razas» inferiores, la cultura de la

* Prólogo al libro *Poder negro*, ed. Laterza, 1967.

«civilización» no ha tenido tiempo para darse cuenta de que las dimensiones que iba suprimiendo paulatinamente volvían a presentarse, cada vez más, como las únicas vivas. En su mundo de sombras, de códigos sin significado, nunca ha habido lugar para el reconocimiento del Otro. ¡Cuántas veces, después de miles y miles de proclamas, la «cultura» ha decidido que lo negativo había sido totalmente absorbido! El Otro era, según el caso, el enemigo, el despreciable, el criminal, el loco, el judío, pero invariablemente y ante todo el negro, el hombre de color.

La otredad siempre ha sido la espina en el corazón de la cultura, de la dominación, simplemente porque tiene que moverse, al igual que el orden del que es expresión, en un mundo de una sola dimensión, tranquilizador. El racismo en todas sus formas, las explícitas y, aún más, las implícitas, es el último reducto de la «cultura», lo que le queda después que todas las mediaciones, los recursos, las frivolidades de salón se han venido abajo. Cuando la dominación ya no tiene la capacidad de reducir el Otro a sí misma, de establecer sin equívocos cuál es el lugar del negro, de fijar el destino del enfermo mental y clasificar la identidad social de sus víctimas, entonces la «cultura» también tiene que quitarse la careta y revelar sus orígenes.

Cuando el mundo se vio ante el gráfico de producción de las fábricas nazis de la muerte, el margen de la «cultura» occidental era todavía bastante ancho, mucho más ancho de lo que fue en 1967 frente a las fáciles proezas, al racismo talmúdico y a la siniestra demagogia de Israel. Fue posible, entonces, atribuir la responsabilidad del genocidio a un solo pueblo, mientras se le asignaba a otro pueblo el papel de víctima.

La «cultura» se dio a la tarea de explicarlo todo, o bien por la locura de un hombre, o por la hipnosis de las masas, o por el culto «de la sangre y del honor», o por el nacionalismo y militarismo exasperado de la tradición prusiana, o por el conflicto entre los intereses económicos de algunos sectores. La mirada del mundo se detuvo sobre todo en la aberración, la desorientación de un pueblo que había dado tantos artistas, tantos filósofos, tantos ciudadanos honrados. En Nuremberg se celebró un juicio internacional para condenar a los criminales nazis inmediatamente después de las explosiones atómicas de Hiroshima, Nagasaki, mientras se llevaban a cabo con éxito los estragos de Madagascar, del Congo, de las Filipinas, de Borneo, y los ciudadanos norteamericanos de origen japonés salían de los campos de concentración de la costa occidental de los Estados Unidos donde habían per-

manecido durante todo el período de la guerra.

Se ha estudiado el antisemitismo con las más refinadas categorías sociopsicológicas, sin salirse nunca de la lógica occidental. Se habló de «praxis sacrificial mimética» (Horkheim y Adorno), de introyección y agresividad compensatoria (Nathan W. Ackermann y Marie Jahoda), de pseudo-identidad en relación con el comportamiento en situaciones extremas (Bruno Bettelheim), de síndrome autoritario por regresión (los autores de **La personalidad autoritaria**), de mortificación narcisista, de movilización de la fusión instintiva opuesta, de todos los mecanismos de defensa y de todas las formas posibles de nacionalización.

Los hebreos aportan, desde hace siglos, una contribución decisiva a la forma en que se ha estudiado y explicado el antisemitismo, así como a la creación de las fuerzas que llevaron a la destrucción de los mismos. Su presencia en la cultura occidental ha sido siempre estructurada orgánicamente y, en lo que a ellos respecta, el mecanismo racista de la exclusión se ha manifestado siempre con características muy distintas del que se aplica en perjuicio de los pueblos de color.

«La comunidad hebraica —escribió Jean-Paul Sartre— no es ni nacional, ni internacional, ni religiosa, ni étnica, ni política: es una comunidad casi

histórica. Lo que hace de un hebreo un hebreo es su situación concreta y la identidad de esa situación lo une a los demás hebreos. Este cuerpo casi histórico no puede considerarse como un elemento ajeno a la sociedad, sino que, al contrario, le es necesario».⁽²⁾

Esta identidad de la situación concreta es el resultado de una distribución de los papeles que se ha ido verificando a través de un proceso secular. Excluidos por largo tiempo del control de los medios de producción, insertados desde afuera en estructuras sociales económicamente estáticas y jerarquizadas, los hebreos fueron usados sucesivamente como agentes de canje, expertos en asuntos comerciales, ministros del tesoro y mediadores del poder central. En los estados alemanes de los siglos XVII y XVIII y en los países de la Europa oriental, a menudo sucedía que mientras se organizaban los pogroms contra los ghettos, los expertos financieros del gobierno eran israelitas.

«Los hebreos fueron los colonos del progreso. Desde que contribuyeron a difundir, como mercaderes, la civilización romana en la Europa pagana, fueron siempre, en armonía con su religión patriarcal, los exponentes de relaciones entre ciudadanos, burgueses y, finalmente, industriales. Introducían en el país las formas capitalistas de vida y atraían sobre sí el

odio de los que tenían que sufrir por ellas. En nombre del progreso económico, por el cual hoy se arruinan, los hebreos han sido siempre la espina en el ojo de los artesanos y de los campesinos desclasados por el capitalismo. Experimentan ahora en sus propias carnes su carácter exclusivo y particular».⁽³⁾

En Alemania, esta dinámica encontró su confirmación más plena. Los artesanos y los campesinos, víctimas designadas de la planificación global del Tercer Reich, encontraban en el antisemitismo la explicación «racional» a sus problemas.⁽⁴⁾ Incapaces de entender cómo funcionaba el mecanismo económico que había llegado ya al monopolio absoluto y, por ende, a la destrucción de todas las áreas de autonomía sobreviviente, esos bodegueros y maestros cantores dieron su primer apoyo a la NSDAP de Hitler, instrumento muy eficiente para llevar a cabo la planificación global con vistas al advenimiento del Orden Nuevo.

Los hebreos eran acusados de ser la encarnación del **Erwerbsprinzip** (sed de ganancia), y de haber despreciado siempre y contaminado el cristianísimo **Bedarfsdeckungprinzip** (el proveer a sus propias necesidades).

Así, mientras en Polonia y Ucrania quedaron aplastados sistemáticamente por la alianza entre los grandes latifundistas y los campesinos y pudie-

ron sobrevivir únicamente gracias a los intereses del gobierno central, que necesitaba artesanos, mercaderes y usureros, en Alemania, donde eran burgueses en competencia con otros burgueses, fueron aniquilados por la alianza entre el gran capital, que exigía para sí el control de todos los mecanismos de financiamiento, y los artesanos y campesinos, que veían en el hebreo al explotador directo. La inimitable capacidad de la «cultura» para deslindar los problemas y discutirlos luego en el seno seguro del Espíritu hizo que se enfrentara el antisemitismo como una dimensión étnicocultural, sicoanalítica y, sobre todo, religiosa. Por un lado, se le presentaba como una especie de residuo patológico de la diatriba tradicional entre Roma y el Talmud y, por el otro, servía para probar que la tolerancia liberal no había logrado disipar completamente las brumas del oscurantismo. En este último caso, se trataba siempre de derechos civiles. Como sucedería luego con el racismo en los Estados Unidos, el antisemitismo no era sino un ejemplo de que no se aplicaban las leyes.

De forma más o menos abierta y conciente, muchos marxistas han aceptado estas interpretaciones sico-religiosas y jurídicas, ora obedeciendo a directivas políticas precisas, ora por la aceptación implícita del criterio de juicio formalista y clasificador tan caro al sistema.

«Ante todo —escribía un sociólogo marxista norteamericano— el antisemitismo es una forma de intolerancia social, actitud que podemos definir como la negativa, por parte de un grupo dominante, a tolerar las creencias y las prácticas de un grupo subordinado, por considerarlas hostiles y dañinas a la solidaridad de grupo, o bien como amenazas potenciales al mantenimiento del statu quo».⁽⁶⁾

Una definición de este tipo, en la que Oliver C. Cox basa su análisis del antisemitismo, no se aleja mucho de las premisas de la exangüe antropología «liberal» que cree resolver los problemas raciales demostrando la inexistencia biológica de las razas. Valga para todos M. F. Ashley Montagu, quien emplea un macizo aparato estadísticobiológico para probar, como si fuera necesario, que los hebreos, contrariamente a su tradición secular y a las acusaciones de los racistas, no son una «raza» aparte. («Muchos hebreos han sostenido con insistencia que pertenecen a una «raza» distinta del género humano, la raza hebraica. En realidad, los hebreos no han hecho excepción a la regla general, o sea, que cada entidad humana se considera por lo menos un poco mejor que las otras»). ¿De qué sirve refutar el argumento biológico? En un plano crítico, ¿qué más da que un grupo étnico tenga características fisonómicas distintas que otro, o múltiples y contradicto-

rias en su propio ámbito? El único significado de semejante problemática es político.

La antropología «liberal», biológicamente igualitaria, pero siempre sorda y ciega ante las diferencias reales entre los hombres y las causas de los conflictos, se aferra desesperadamente al argumento de la civilización concebida como esencia objetivadora.

«Es sumamente difícil definir la calidad del aspecto hebraico, pese a que no cabe duda de que nadie niega su existencia. Esta calidad no se manifiesta sólo en la expresión del rostro, sino en toda la expresión del cuerpo, en los movimientos, los gestos... Esta calidad se ha perdido completamente en personas cuyos antepasados recientes han abandonado desde hace varias generaciones la civilización hebraica o han sido educados en una civilización no hebraica. También se ha perdido, o no se ha desarrollado nunca, en hebreos que hayan sido educados preferentemente en un ambiente cultural no hebraico. Estos últimos son hebreos sólo por la religión; culturalmente, pertenecen a la civilización en que se han criado y educado, sea ésta inglesa, francesa, alemana, italiana, etc.

«... un individuo nunca es hebreo en virtud de su pertenencia a un tipo físico definido... es hebreo por religión, pero en todos los demás as-

pectos puede ser culturalmente no hebreo... **Vemos, pues, que en realidad lo que hace de un individuo un hebreo es su participación en la civilización hebraica, y nada más que eso, ni siquiera su adhesión al judaísmo».**⁽⁶⁾

La definición del hebreo por su religión y, por ende, por su mayor o menor participación en la esencia de la civilización occidental, vuelve a llevar la cuestión a un hecho cultural que sirve como criterio de explicación, mientras que es precisamente esto lo que tendría que ser explicado. «No busquemos el secreto del hebreo en su religión, sino busquemos el secreto de la religión en el hebreo real. ¿Cuál es el fundamento terrenal del judaísmo? La necesidad **práctica**, el egoísmo. ¿Cuál es el culto terrenal del hebreo? El **tráfico**. ¿Cuál es su dios terrenal? El **dinero**. «... Una organización de la sociedad que eliminara las premisas del tráfico, o sea, la posibilidad del tráfico, haría imposible al hebreo. Su conciencia religiosa se disolvería como un vapor inconsistente en la atmósfera vital real de la sociedad... Reconocemos, pues, en el judaísmo, un elemento **antisocial** universal actual que, a través del desarrollo histórico al que los hebreos han colaborado activamente por este aspecto malo, fue impulsado hasta su cumbre actual, una cumbre en la que tiene necesariamente que resolverse.

«... El hebreo se ha emancipado de modo judaico, no sólo en el sentido de que se ha apropiado de la potencia del dinero, sino también en el sentido de que el dinero por medio de él y sin él se ha convertido en una potencia mundial. El espíritu práctico del hebreo se ha transformado en el espíritu práctico de los pueblos cristianos. Los hebreos se han emancipado en la medida en que los cristianos se han vuelto hebreos».⁽⁷⁾

La sociedad civil «engendra continuamente al hebreo de sus vísceras» y «el judaísmo se ha conservado, no ya a pesar de la historia, sino para la historia».

El antisemitismo no es una aberración, sino la manifestación exasperada de un conflicto que la sociedad burguesa occidental lleva necesariamente dentro de sí. El hecho de que se lo haya sublimado, o mejor dicho, reducido al nivel religioso, se explica por la disparidad de desarrollo entre la integración económica y su envoltura sicoideológica. Afirmar que en Alemania los hebreos fueron exterminados precisamente en el momento en que habían dejado de ser hebreos es sólo una paradoja aparente. La forma de explotación que se les atribuye desde hace siglos —aquella usura que la iglesia y los estados practicaban a nivel institucional y condenaban a nivel privado—, las técnicas comerciales en las que ha-

bían sido maestros por demasiado tiempo, ya eran jueguitos de niños ante la planificación global de la industria, la creación de un inmenso mecanismo económico militar.

Es cierto que los hebreos más ricos y cultos se adecuaban plenamente a la nueva realidad monopolista y practicaban, en todas las oportunidades, el prejuicio social a costa de los hebreos más pobres, pero el chantaje psicológico funcionaba siempre. A las masas empobrecidas por el desarrollo capitalista se les pudo recordar fácilmente que eran cristianas y que, por encima de sus intereses, existía una comunidad armoniosa a la que todos tenían que prestar obediencia. Patria y Volksgemeinschaft son sinónimos. También en aquella oportunidad el concepto de civilización sirvió muy bien para unificar, al servicio de la minoría dominante, los intereses más contradictorios.⁽⁸⁾

La posición del negro en la sociedad de consumo es diferente, así como es distinta la imagen que la «cultura» se hace del hombre de color. Como se ha observado varias veces, el antisemitismo es una actitud de odio con respecto a los hebreos en tanto que tales, en tanto que huéspedes ingratos, parientes degenerados, despreciables, socios en los negocios, fieles de una religión considerada arrogante, unilateral.

En cambio, para el hombre occidental el negro es un amigo inferior, un

buen animal doméstico que, si sabe mantenerse en su lugar, tiene derecho a la protección, a la tolerante camaradería de quien se siente seguro de su superioridad por el mecanismo de dominación.

La relación es cualitativamente distinta: el hebreo es un protagonista enemigo, el negro un objeto. El odio por el primero es total y necesita constantemente argumentos intelectuales, siendo hijo de un síndrome competitivo, mientras que el odio por el negro nace del terror de lo que pudiera llegar a ser.

Si se transforma, como Malcolm X, de **house nigger** (negro doméstico), en **field nigger** (negro del campo), de Tío Tom, en revolucionario, ¿adónde irán a parar las cómodas, tranquilizadoras respuestas de la «cultura»?

El hebreo ya no puede llegar a ser nada más. Desempeña su papel específico en el ámbito del Orden y su pretendida unicidad se ha vuelto del todo intercambiable, al igual que todas las demás dimensiones psicoideológicas.⁽⁹⁾

La imagen que el antisemitismo cultural nos da del hebreo, es siempre la de la antiraza (**Gegenrasse**), del antitipo (**Gegentypus**), de una fuerza negativa que tiende a destruir lo justo, lo sagrado, etc. Al hebreo, a esta versión mercantil de Mefistófeles, se le reconoce la capacidad creadora, mal aplicada, pérfidamente en-

tendida, pero de todos modos creadora. En su exaltación del mito, del sueño de una relación «orgánica» entre el Volkstum, el individuo y la comunidad, el filósofo nazi Alfred Rosenberg escribía, en un libro que la mala conciencia de la cultura occidental ha removido, destruido, olvidado para seguir usando luego muchas de sus conclusiones, en otros contextos y con un lenguaje distinto: «Un impulso tan poderoso, no solamente produce el sueño creador; de la visión parasitaria que los hebreos tienen de la dominación del mundo ha brotado una enorme fuerza, aunque se trata de una fuerza destructiva. Durante cerca de tres mil años ha impulsado a los magos de la política y de la economía, ha hecho insaciable su sed de oro... En Mefistófeles esta fuerza se convirtió en una dimensión inimitable, pero se fundamentaba en la misma ley estructural que condiciona a los banqueros, a la prensa mundial, etc... Todas las veces que se abre una herida en el cuerpo de una nación, el hebreo se precipita sobre ella y, como buen parásito, se aprovecha de los momentos de debilidad de los grandes del mundo. No quiere asegurarse la dominación del mundo como héroe; lo que lleva adelante la poderosa visión del parásito es transformar el mundo entero en tributario suyo».⁽¹⁰⁾

El futuro comisario para los territorios ocupados por el Este continuaba su requisitoria insistiendo de forma muy significativa en el carácter «utilitarista y a su manera creativo» de la religión hebraica.

«Forma parte de la revalorización de la vida creativa el que también el parásito tenga su mito y, en el caso de los hebreos, el mito es el de ser el pueblo elegido. Parece una burla afirmar que un dios haya podido escoger como preferida suya esta antinación... pero, puesto que la imagen de dios la crea el hombre, a la postre no es tan absurdo que este dios haya escogido a su pueblo entre todos los demás.

«... Del demonio de la eterna negación brota... aquella íntima imposibilidad de decir que sí a la creación de Europa, aquella eterna lucha contra toda *Kulturgestalt* genuina, que está al servicio de una anarquía carente de formas, burdamente disfrazada de "profecías" desprovistas de consistencia».⁽¹¹⁾

Esta imagen del hebreo como negativo, como término opuesto de la relación dialéctica, reaparece claramente en los análisis sicoanalíticos del antisemitismo⁽¹²⁾ y en los estereotipos comunmente difundidos que, especialmente en los Estados Unidos de los años cuarenta, han sido objeto de una literatura muy amplia.

Los hebreos son mirados con recelo porque son demasiado emprendedo-

res, se les atribuye una capacidad de sarcasmo, una impiedad que escandaliza a las almas devotas, son definidos como sensuales, pero en el sentido de la degeneración, de la perversión. La fantasía popular los pinta frecuentemente como intelectualistas de la sexualidad.

Una gran parte del resentimiento del hombre corriente puede ser transformado en los estereotipos del comportamiento antisemita precisamente porque se basa en la convicción de que el hebreo dispone de un poder superior, posee cualidades excepcionales, es más astuto y por consiguiente más temible. En términos de la psicología de clase, el antisemitismo es también un sentimiento de inferioridad frente a la supervivencia secular de un grupo de poder. Sería imposible concebirlo fuera de una sociedad exclusivamente adquisitiva: es racismo, pero no colonialismo, un trágico, horrendo pleito en familia.

¿Cuál es, en cambio, la imagen que la «cultura» tiene del negro? El mecanismo oficial, que, como decía Frantz Fanon, «no se cansa de hablar del hombre a pesar de que lo asesina dondequiera que lo encuentre, en todas las esquinas de su propia calle, en todos los rincones del mundo», ha emitido desde hace tiempo su veredicto sobre el negro. La inferioridad biológica, «descubierta» en el siglo XIX, es muy poca cosa comparada con la incapacidad de participar en

las categorías de juicio que la «cultura», desde Aristóteles en adelante, siempre ha considerado como únicas portadoras de la verdad.

El documento tal vez más bello sobre la remoción lógica y psicológica del negro, la meditación más lineal y coherente sobre la relación de la potencia colonialista del Espíritu con su súbdito, la otredad, la encontramos en una página de G. W. Federico Hegel, el último filósofo de Occidente, ya que, después de él, la única filosofía posible es la antifilosofía. Se trata de una de las lecciones sobre filosofía de la historia, pronunciada ante los estudiantes de la Universidad de Berlín en el transcurso del año académico 1830-1831. Contiene todos los ingredientes del colonialismo lógico que la «cultura», en una sucesión de formas aparentemente diversas, acaba siempre puntualmente por identificar con la civilización. «Es característico de los negros que precisamente su conciencia no haya llegado a la contemplación de una sólida objetividad cualquiera —como, por ejemplo, Dios ley— a la que pueda adherirse la voluntad del hombre y en la que pueda llegar a la intuición de la propia esencia... El negro representa al hombre natural en su total barbarie y desenfreno: para comprenderlo, tenemos que abandonar todas nuestras intuiciones europeas. No debemos pensar ni en un Dios espiritual ni en una ley mo-

ral: tenemos que hacer abstracción de todo espíritu de reverencia y moralidad, de todo lo que se llama sentimiento, si queremos entender correctamente su naturaleza. Todo esto no existe en el hombre inmediato: **en su carácter no se puede encontrar nada que tenga el tono de lo humano.** Por esta razón, precisamente, no podemos compenetrarnos, a través del sentimiento, con su naturaleza, al igual que no podemos compenetrarnos con la de un perro, o con la de un griego que se arrodillaba ante la imagen de Zeus. [...] «Esta desvalorización absoluta del hombre explica cómo la esclavitud constituya en Africa la relación básica del derecho. **La única relación esencial que los negros han tenido, y tienen, con los europeos es la de la esclavitud [...]**

«La enseñanza que sacamos de este estado de esclavitud que subsiste entre los negros, y que constituye el único aspecto de este asunto que nos interese, es la que ya conocemos por haberla deducido de la idea. [...] En tanto que subsiste de tal modo en el estado (de naturaleza) **es ella misma un momento de progreso en la mera existencia aislada y sensible, un momento de educación, una forma de participación en una eticidad superior y en la cultura que forma parte de ella.** En sí y por sí, la esclavitud es una injusticia, ya que la esencia del hombre es la libertad:

pero para llegar a ella, el hombre tiene que adquirir primero la madurez necesaria. **La eliminación gradual de la esclavitud es, pues, más oportuna y justa que su abolición repentina.**

«La esclavitud no debe existir, ya que es injusta en sí y por sí según el concepto de la cosa. Pero el "debe" expresa algo subjetivo: en tanto que tal, es algo no histórico. Lo que todavía le falta al "debe" expresa algo subjetivo: en tanto que tal, es algo no histórico. Lo que todavía le falta al "debe" es la eticidad sustancial de un estado. La esclavitud no existe en estados racionales: pero antes de la realidad de esos estados la idea veraz subsiste, en ciertos aspectos, sólo como un deber ser, y en este caso sigue siendo necesaria la esclavitud: es un momento de transición hacia un grado superior. **De modo alguno se puede pretender que el hombre, por el solo hecho de ser un hombre, pueda ser considerado esencialmente libre.**

«[...] En el desprecio de los negros por el hombre, lo característico no es tanto el desprecio a la muerte como la falta de respeto por la vida. En la misma medida en que el hombre se valora a sí mismo, también valora la vida: la vida tiene valor en cuanto en el hombre existe algo superiormente válido. **El desprecio del negro a la vida no es tedio de la vida, no es fruto de una saciedad**

accidental: lo que no tiene valor para él es la vida en general. El negro se suicida con frecuencia, cuando se le hiere en su honor o cuando el rey lo castiga. Si no se matara se le consideraría un cobarde. No piensa en la conservación de la vida y, por consiguiente, tampoco piensa en la muerte. A este desprecio por la vida se debe también el gran valor, sostenido por una inmensa fuerza física, de los negros que se dejan matar por miles cuando pelean contra los europeos. [...] **La vida posee algún valor únicamente allí donde tiene una dignidad suya de finalidades».**⁽¹³⁾

Carente de objetividad, el negro es naturaleza, un estadio anterior a la conciencia, el fundamento de los instintos y, a la vez, la piedra de toque primigenia, la oscuridad de los orígenes, el niño que no crecerá porque no tiene una existencia histórica. El negro es todo lo que la sociedad blanca decide que deba ser: la Providencia se lo ha confiado. Su intercambiabilidad real está confirmada por la racionalización ideológica, por la misión de civilización que el hombre blanco «sabe que ha de cumplir». «La misteriosa voluntad de la providencia —dijo en 1838 John C. Calhoun, el gran apologista de la «esclavitud humanitaria» en los latifundios del sur de los Estados Unidos— unió dos razas, procedentes de regiones distintas del globo, y las hizo situarse, en número casi igual, aquí en el Sur

de la Unión. Fueron unidas inseparablemente, de modo de hacer inconcebible hasta la idea de una separación. La experiencia demostró que esta relación trajo paz y prosperidad para las dos. Ambas han mejorado, sobre todo la raza inferior, hasta el punto de elevarse a un nivel de civilización que la raza negra no había alcanzado nunca en ningún país ni en ningún otro tiempo... Es imposible que aquí se desencadene el conflicto entre capital y trabajo, que hace tan difícil crear y preservar las libres instituciones en todas aquellas naciones ricas y civilizadas donde no existe, como aquí, la esclavitud».⁽¹⁴⁾

A estos componentes fundamentales la teoría de la «civilización» fue añadiendo otros, menos sublimados pero igualmente eficaces. Uno de ellos siempre ha sido, por ejemplo, la pía convicción de que, como observaba en 1852 George Frederick Holmes al hablar de *La cabaña del tío Tom*, de H. Beecher Stowe, todas las razas se acostumbran del mismo modo a las condiciones impuestas por las circunstancias. Aun los parias pueden ser felices, porque lo que es insopportable para una raza, o para una clase, no lo es en absoluto para otra. Las alegrías y las penas del esclavo están en armonía con su posición y son completamente distintas de lo que haría la dicha o la desdicha de otra clase».

La inmensa literatura inspirada en estos «principios» no cuenta ya, desde luego, por sí misma; pero, en tanto que fundamento de la imagen que la «cultura» tiene del negro, no debe ser olvidada. En todos sus matices, desde la exaltación de la violencia represiva hasta el paternalismo («Son criaturas tan interesantes —decía alguien de Virginia, hacia 1860, a Frederick Law Olmsted—, y con todos sus defectos tienen cualidades agradables. No puedo dejar de tenerles afecto y estoy seguro de que nos quieren»), desde el realismo económico («Pero, ¿por qué razón creen ustedes que el amo tenga esclavos? —escribía el *Farmer's Journal* en 1853—. Para acumular riquezas gracias a su trabajo. ¿No es acaso un deseo natural?»), a la teoría integracionista contemporánea, la imagen es siempre la misma: el negro es un menor de edad, tiene que entrar gradualmente a formar parte de la «civilización».

Esta imagen histórica, desarrollada en Europa y en los Estados Unidos sobre la base de una larguísima tradición de esclavitud y colonialismo,⁽²⁸⁾ es un componente profundamente estructurado en la psicología occidental, ya que las relaciones reales que la determinan son siempre relaciones colonialistas.

La «cultura» toma sus medidas inmediatamente. A ella sólo le interesa la imagen del negro que, en

la actualidad, en la edad de la rebelión, puede servir para sepultar el pasado y para integrar con medios más avanzados las masas en los ghettos negros de Estados Unidos. Por eso sigue repitiéndonos que esa imagen pertenece al pasado y que, en realidad, es compartida únicamente por grupos reducidos, «ideológicamente atrasados».

Si el análisis crítico quiere descubrir la dinámica del problema, ya no puede escuchar esas voces. Ya no queda tiempo. Son los ecos gastados de un narcisismo y de una vileza tan bien estructurados que pasan por pensamiento original y amor por el hombre. Lo único que importa es comprender cómo ven las víctimas su propia realidad, qué han querido decir para ellos las universalizaciones lógicas del terror, de los tabúes, la «objetividad» hegeliana, las reticencias de los historiadores, la complicidad de los científicos, la unción de los moralistas, el desabrido paternalismo de los no-violentos, la mentira jurídica, los recursos pedagógicos, en una palabra, la «civilización» blanca, aquel mecanismo oficial que administra, en el cielo, en la tierra y en el reino del espíritu, los intereses del poder colonial.

«Nos hemos convertido en un pueblo como ningún otro... somos únicos y distintos: dicen que somos negros y que negro quiere decir de

color negro; sin embargo, no todos los que tienen la piel oscura se llaman negros. ¿Ven ustedes la contradicción? Fíjense que dicen que somos negros, porque esta palabra española significa de color negro, y sin embargo, se lo repito, no toda la gente de piel oscura se llama así. Hay algo raro en todo esto.

«Para salir del paso dicen que la humanidad está dividida en tres categorías: caucásicas, negroides y negroides. No toda la gente de piel oscura es negroide: hay personas de piel negra como el ébano que son clasificadas como caucásicas y, si se miran las cosas de cerca, ustedes verán que todos estos que se clasificaron entre los caucásicos todavía poseen grandes civilizaciones, o bien viven en países que conservan vestigios de ellas. Los únicos que ellos clasifican como negroides son aquellos para los cuales no encuentran pruebas de que otrora hayan sido civilizados. Pero no pueden permitirse el lujo de llamar negroides a los pueblos de piel oscura que poseen pruebas de que han sido en los tiempos pasados altamente civilizados, de modo que los clasifican entre los caucásicos. . .

«Se trata, como ustedes comprenden, de una estafa para hacerlos pensar que nunca hemos sido nada y que por eso el hombre blanco nos hace un favor todas las veces

que nos permite dar un pasito en su sociedad.»

Este fragmento, sacado del discurso de Malcolm X sobre la historia afroamericana que publicó en la primera parte de este tomo, contiene un gran descubrimiento, el principio esencial de la relación entre la sociedad blanca y las masas negras, entre el poder colonial y sus súbditos. La condición objetiva de los negros es la de quien no tiene poder.

El no tener origen, ni lengua, ni historia, la imagen de sí que el Orden le ha impuesto al negro ya desde que los primeros esclavos pusieron los pies en las costas norteamericanas, son las formas psicológicas en que se ha racionalizado esta falta de poder, esta sujeción absoluta.

Sólo se tiene conciencia de las propias condiciones cuando se logra establecer las vinculaciones entre lo público y lo privado, entre el «destino» del individuo y el mecanismo del poder, entre la forma abstracta de los principios y las finalidades a las que sirven y han servido en el pasado. El Orden ha impedido siempre a sus víctimas individualizar esas vinculaciones, y la «cultura» de la dominación las ha transformado en momentos diversos de una universalidad abstracta.

«Aníbal —continúa Malcolm X— fue uno de los hijos más famosos (de la

civilización cartaginense). Nos han enseñado que era blanco... Recuerdo que una vez, durante un debate con unos estudiantes universitarios, uno de ellos me dijo que Aníbal era un blanco y cuando reaccioné afirmando que era un negro, por poco se desmaya. '¿Cómo lo sabe usted?', le pregunté. Me contestó: '¡Lo vi! ¡Lo vi con mis propios ojos!' — 'Pero, ¿dónde?' — 'En el cine!'

Hasta ahora, la que decidió sobre el color de Aníbal había sido siempre la sociedad blanca. La imagen del negro es la del Otro, de la falsa objetividad, de la naturaleza que, desde Aristóteles en adelante, la «cultura» ha tratado de suprimir. Para los negros de América y para los pueblos de color de todo el mundo, descubrir la identidad de Aníbal significa percatarse de no haber tenido nunca ningún poder, estar a la merced del dominio colonial, y saber finalmente que ya no pueden confiar en nadie.

Forma parte de la «verdad blanca», como decía Malcolm X, considerar el ghetto negro como una especie de bubón en el cuerpo sano de una sociedad próspera y capaz de absorber, tarde o temprano, desde el punto de vista económico y social, a los grupos marginales. Esta concepción, hija predilecta del integracionismo «liberal», se basa en dos premisas. Por un lado, que la minoría negra esté, más o menos, en la

misma condición objetiva en que se encontraban los varios grupos étnicos europeos en el transcurso del siglo XIX y en las dos primeras décadas del siglo XX. Por el otro, se da por descontada la capacidad presente y futura de la economía norteamericana de recuperar la fuerza de trabajo negra a niveles aceptables y la disponibilidad de la estructura social para una integración sin demasiadas sacudidas y convulsiones. Naturalmente, la premisa general, el prólogo en el cielo de esta concepción, es la idea de la unidad nacional y comunitaria de los hombres, independientemente de su clase, del poder del que dispongan como grupo, de las posiciones iniciales que el mecanismo socioeconómico les permitiera ocupar. El famoso nominalista Talcott Parson explica la dinámica de la absorción de los varios grupos étnicos con el proceso de «pluralización». El argumento es el tautológico, que se encuentra expuesto en todas las complicaciones compendiosas, tan corrientes en el Medioevo, como, por ejemplo, la *De partibus Loicae* de Notker Labeo de la Escuela de San Gallo, de la que aprendemos cómo «*homo vivit si spirat atque spirat si vivit*» e, inmediatamente después, que si no vive no respira y si no respira no vive.

Al hablar de los inmigrantes católicos irlandeses, italianos, alemanes

de Baviera, etc., Talcott Parson nos da a conocer que, puesto que «comparada con el protestantismo norteamericano, la Iglesia católica era relativamente monolítica y en cierta medida lo era por necesidades de defensa impuestas por sus condiciones de Minoría», se planteó enseguida el problema del conflicto entre las finalidades de la comunidad y las de los católicos en tanto que tales. Además, especialmente los irlandeses, empezaron a abrirse paso en la burocracia, tanto la local como la gubernamental, en las organizaciones del partido demócrata y esto contribuyó notablemente «a hacer aumentar las sospechas de los protestantes».

«Por esta razón —sigue diciendo el sociólogo de Harvard— la prueba simbólica de la elección de un católico a la presidencia ha sido particularmente importante».

Además, la mayor parte de los inmigrantes católicos, a diferencia de los hebreos, eran antiguos campesinos que constituían ahora las clases urbanas menos acomodadas. «En cierto sentido, formaban parte del 'proletariado' simbólico contra las pretensiones de un status privilegiado del grupo anglosajón y protestante». No se debe olvidar, además, que el éxito de los inmigrantes católicos en adueñarse del subgobierno del partido demócrata en las grandes ciudades, a través del voto

controlado por las varias «mafias», aumentaba en los protestantes la sospecha de que «la iglesia católica, como estado dentro del estado, se hubiera asegurado también el control de las palancas de poder local más importantes de la nación».

Sin embargo, no fue difícil resolver el asunto, ya que, como nos dice Talcott Parson, la pluralización y la dinámica simbólica funcionaron bien, como de costumbre.

«Gracias a su continua penetración, en todos los niveles de la sociedad, los católicos han legado a estar ampliamente representados en diversos sectores. En las decisiones políticas no están siempre del mismo lado, y, desde el punto de vista de la experiencia europea, es asombroso ver que en los Estados Unidos no ha habido nunca una fuerte presión para pedir la constitución, a nivel nacional o local, de un partido católico».

«Por el contrario, la comunidad no católica ha tenido siempre menos razones para considerar a los católicos como tales que para considerarlos a la luz de otros criterios, especialmente la competencia individual, tan importante a los efectos de la distribución del personal en el interior de la estructura social».

Si la inmigración católica pudo ser absorbida porque los individuos, en su mayoría, supieron ganarse «una notable cuota de movilidad verti-

cal», gracias también a la diversidad de los orígenes y de la tradición cultural, para los negros el problema es sin duda más complejo.

«A los fines de nuestro análisis, consideramos el color de la piel, no como un componente directo del status del negro —ya que en términos estrictamente teóricos no lo es—, sino como un símbolo. En planos relativamente concretos, es exacto decir que los negros son objeto de la discriminación racial de distintos modos únicamente a causa del color de la piel.

«Esta afirmación —advierte, sin embargo, Talcott Parson— no tiende a explicar el fenómeno general de la discriminación como distinto a los casos individuales. Lamentablemente, no se tiene nunca en cuenta suficientemente esta distinción fundamental».

La cuestión negra fue importada del Sur al Norte; es más, para usar las palabras mismas del escolástico, «el Sur ha 'infectado' al Norte con el virus del problema negro, aunque su significado ha sido modificado profundamente». Gracias a la movilidad vertical de las clases inferiores (blancas), a las oleadas de nuevos inmigrantes, la mayor parte de los negros forma parte ahora de las clases urbanas subalternas. Aunque siguen perteneciendo a las capas inferiores de la sociedad, los italianos y los irlandeses no tienen ni siquiera la

mitad de los indigentes que hallamos entre los negros.

Por otra parte, «la pluralización del sistema político, el hecho de que las organizaciones urbanas de partido ya no constituyan la reserva de grupos específicos, y la decadencia de los correspondientes sectores privilegiados de la estructura política, facilitaron ampliamente la intrusión de los grupos católicos. Quisiera recordar que la «sociedad huésped» fue objeto de un importante proceso de modificación estructural que está creando las condiciones esenciales para la inclusión, no solamente de los negros, sino de todas las clases inferiores en la comunidad de la sociedad».⁽¹⁰⁾

La vuelta al punto de partida está asegurada por la convicción del escolástico de que los negros deberían conservar de cierto modo la solidaridad de grupo, aun cuando esto signifique correr «el riesgo de cultivar el separatismo, como es el caso de los Black Muslims. Pero la solución pluralista... no es la separatista —con o sin igualdad— ni la de la asimilación, y sólo puede darla la plena participación unida a la conservación de la identidad. Los católicos y los hebreos norteamericanos han conseguido, en general, alcanzar esta finalidad».

A parte, pues, de las diferencias de color y de tiempo —los negros llegaron últimos a causa de un handi-

cap marginal conocido como esclavitud—, la dinámica de la inclusión es la misma. Símbolos, prejuicios, modelos de comportamiento pueden ser diversos, pero la mecánica de la inclusión no puede dejar de ser la misma. Repetimos, de la inclusión, porque el escolástico se preocupa mucho por distinguirla de la asimilación la cual no permitiría mantener una cierta diferenciación entre «el origen étnico, o la religión, y la actividad social, profesional y política de los varios grupos». Para gozar del pleno derecho de ciudadanía —aprendemos, llenos de admiración— no hay necesidad de eliminar las diferencias de fe y de origen nacional. «Puede haber un pluralismo de grupos étnicos y religiosos que, en las mismas personas, se intersecta con los demás lazos sociales...»

Aparte de la total deshistorización del problema, del absoluto silencio sobre la dinámica de los factores económicos, lo que salta a la vista en la ejercitación tautológica de Talcott Parson es la incapacidad, incluso, para dudar, aunque no fuera sino por un solo instante, de que el proceso de «pluralización» pueda tener raíces socioeconómicas.

«El prejuicio racial —observaba Oliver Cromwell Cox— es una actitud social difundida entre la gente por la clase explotadora con el fin de estigmatizar a un grupo con el sello

de la inferioridad, de modo que resulte justificada la explotación de ese grupo y de sus recursos.

«En otras palabras, el prejuicio racial es la facilitación socioaptitudinaria de un tipo particular de explotación de las masas trabajadoras, mientras que la intolerancia social es una actitud reaccionaria en apoyo a la acción de una sociedad que tiende a liberarse de grupos culturalmente contrarios.»⁽¹⁷⁾

En el caso de los hebreos y de los católicos, el prejuicio tuvo un carácter de persecución de la intolerancia. Fueron objeto de polémicas y también de varias acciones discriminatorias, de repetidas violencias físicas (piénsese en el linchamiento en masa de once italianos en las prisiones de la parroquia de New Orleans en 1891, en los asesinatos de los anarquistas de Chicago, Long Island, San Francisco, en los Palmers Raids de 1919 contra los International Workers of the World, y en los campos de concentración de la West Coast para los sindicalistas).⁽¹⁸⁾

Innumerables fueron las caricaturas de los italianos y de los irlandeses que crearon y perpetuaron los estereotipos más odiosos de los dos grupos. Thomas Nast, el gran caricaturista de *Harper's Weekly*, comics como *Yellow Kid* o *Mr. Moses Lichtenstein*, la estampa de los vigilantes, se burlaron durante décadas de los inmigrantes católicos, hebreos, grie-

gos, eslavos, etc. Los ataques se hacían en nombre del «nativismo» norteamericano, la persecución contra los extranjeros tenía un carácter religioso y sobre todo político (socialismo, comunismo y anarquismo se presentaron siempre como «productos extranjeros»); y la explotación a costa de ellos no era mayor que la que se practicaba a costa de todos los asalariados del país. Para los nuevos inmigrantes, el problema era asegurarse una porción suficiente de poder económico y político, no para transformar su propia colocación en una escala social abstracta, sino para ser admitidos a formar parte del mecanismo de dominación, aunque fuera a niveles subordinados.

Toda la precariedad, a los efectos de la dinámica del sistema, de las diferenciaciones étnicas y religiosas queda demostrada por toda la historia social de los Estados Unidos en el siglo pasado. La única matriz a la que se debía reducir las sucesivas oleadas de emigrantes era la matriz socioeconómica de una sociedad en expansión, que necesitaba un amplio mercado del trabajo. Las diversidades culturales, las inhibiciones de la ideología, las trabas del nativismo —cuya contrapartida era el espíritu de clan de la iglesia católica y de los hebreos— eran dimensiones secundarias. Podían desarrollarse en el sentido del prejuicio y de la verdadera persecución en el

interior de una dinámica del poder que tenía sus exigencias, muchas veces en contraste con los varios *apartheid* étnicoreligiosos. Una vez que, por razones diversas y en circunstancias históricas multiformes, el grupo llegaba a disponer de un cierto poder de contratación, el prejuicio seguía presente a nivel individual, como una válvula de escape para los tópicos corrientes de la hostilidad alimentada por la competencia despiadada, pero como fuerza social ya no tenía ninguna virulencia.

Los prejuicios con respecto a los estereotipos «italiano», «eslavo», «español», «griego» de ahora no son muy diferentes de los de hace medio siglo. La diferencia consiste en que se hallan a nivel subjetivo, periférico, en las expresiones, y no están institucionalizados, ni implícita ni explícitamente. Esto no quiere decir de modo alguno que las posibilidades objetivas de avance de los diversos grupos hayan aumentado milagrosamente. Las clases subalternas urbanas siguen compuestas por italianos, griegos, eslavos, que están sujetos al tipo de explotación que llamaremos legítimo, previsto por las leyes, por el equilibrio sindical y por los límites impuestos al acceso a las formas más altas del poder.

Otra dimensión que no se debe olvidar es que, si bien desde el punto de vista del «nativismo» norteamer-

ricano ser católicos o hebreos constituía un **handicap**, esto significaba, por otra parte, que los inmigrantes estaban respaldados por una comunidad ya organizada, por intereses, secundarios con respecto al **Establishment**, pero siempre colectivos. Entre los católicos, por ejemplo, la estratificación de clase era mínima en las primeras décadas de la inmigración y se la utilizaba de todos modos únicamente hacia el exterior. La solidaridad de grupo estaba garantizada por la organización parroquial, que enseguida se movilizó para recuperar a todos los tráfugas, o los indiferentes, por lo demás poco numerosos y sin ninguna vinculación con los otros grupos.

El violento antagonismo entre irlandeses e italianos, ambos controlados muy de cerca por la red capilar de las organizaciones eclesiásticas, fue una lucha entre competidores para la conquista del mismo nivel de poder, de las mismas oportunidades económicas. Los irlandeses habían llegado primero y hablaban el idioma. En los andamiajes de hierro de la Elevated de Nueva York, en el puente de Brooklyn o en los túneles fangosos cavados debajo del Hudson, el lago Michigan, o de las minas de Pennsylvania, o en los infiernos de los **lumber camps** del Oeste, los irlandeses eran los vigilantes y los italianos los peones, los leñadores, los **mudmen**, los que cavaban la tie-

rra con el fango hasta la cintura. En algunas zonas ganaban incluso un cuarenta por ciento menos que el habitante medio de los **slums**, tanto que una de las formas más corrientes de desprecio era la de preguntarles si también a los italianos se les podía llamar blancos. Un penalista llegó incluso a preguntarse si no se debía pensar en construir prisiones que los italianos hubieran preferido a las zonas en que vivían.

«El cuchillo con que corta el pan —decía Ben Lindsey— le sirve para cortarle un dedo o una oreja a otro dago... La vista de la sangre le es tan familiar como la de los alimentos que come».⁽²⁹⁾ Dago era uno de los motes despectivos aplicados a los inmigrantes italianos.

En las primeras organizaciones hampescas de las grandes ciudades, los irlandeses eran los **bosses** y los italianos, los **acólitos**, los **correvedile**, los **killiers**. En los primeros sindicatos los irlandeses eran dirigentes y los italianos eran reclutadores o bien, en las luchas entre capital y trabajo, enemigos irreductibles de los primeros **locals**.

La religión común que, en ciertos niveles, significaba intereses comunes (económicos, electorales), establecía entre los dos grupos nacionales una relación de alianza en contra de los «nativistas». El contraste se resolvía en el intento de asegurarse puestos más remunerados y al pro-

pio tiempo en rivalidades regionalistas que, por ejemplo, dividía a los venecianos de los napolitanos, o a los irlandeses de Limerick de los de Dublín.

Cuando, gracias a un equilibrio logrado en el subgobierno local y a la inserción de los dos grupos en una situación económica más articulada, cesó prácticamente la competencia directa, los antagonismos entre italianos e irlandeses se redujeron a las luchas parroquiales.

Por muy pobres, analfabetos, despreciados y socialmente atrasados que fueran, estos grupos de inmigrantes poseían, desde que desembarcaban, una estructura tribal propia, una escala precisa de valores, cerrada y caracterizada por un código muy rígido. Estaban formados culturalmente, por un lado, apegados a sus tradiciones, pero por el otro, a la disposición de la autoridad y, salvo algunos grupos altamente politizados, anarquistas en su mayoría, carentes de todo sentimiento de independencia. Su identificación con el grupo era casi absoluta, a pesar de que más tarde, una vez pasada la tensión originaria, se verificó cierto aflojamiento. De todos modos, esta unidad inicial fue suficiente para crear una comunidad precisa de intereses y una calificación social de un determinado tipo. Por ejemplo, pese a toda la retórica oficial, los norteamericanos de origen italia-

no no están en absoluto «en todas partes», sino sólo en aquellos sectores a los que pudieron ascender por causas múltiples y concomitantes. La política local es uno de sus cotos de caza y su presencia es determinante en el sector de la construcción, en las actividades agrícolas y cultivos especializados, en el comercio al por menor, en los servicios. Están ausentes, en cambio, de las direcciones de grandes empresas, de los institutos financieros y de investigación, de los altos grados militares y de los rangos superiores de la burocracia federal.

La minoría negra, a su vez, no posee ninguna de las características de la emigración histórica de los demás grupos de inmigrantes. El límite del análisis fisiológico oficial del «problema» negro («es el problema de la sociedad blanca, no el 'problema' negro», decía Malcolm X) ha de buscarse precisamente en la reducción a un común denominador de dos fenómenos distintos y a menudo contrastantes en el ámbito de un único conflicto socioeconómico. El desemboque natural de esta premisa es el más manido moralismo, el que, después de haber descrito una realidad concreta, emplea para explicarla los «principios éticos» que hasta ahora han servido justamente para mantenerla tal como es.

El ejemplo más famoso de ello es **An American Dilemma** de Gunnar

Myrdal, del cual proceden los cientos de estudios en clave eticosicológica de los últimos veinte años. El libro es de 1944.

Basta con una cita:

«...la posición del negro en Norteamérica representa un grave atraso de la moral pública. En principio, el problema negro está resuelto desde hace tiempo: pero al negro todavía no se le han concedido los fundamentales derechos civiles y políticos de la democracia, incluyendo aquella justa oportunidad de ganarse la vida, acerca de la cual el acuerdo era general cuando empezó a cobrar forma el Credo americano. Es este desequilibrio lo que, tanto para los negros como para los blancos, constituye el problema».⁽²⁰⁾

Según Myrdal, los negros son una casta, mantenida por toda una red de creencias, de símbolos y de comportamientos tradicionales. En la escala de las «prioridades», la discriminación sexual constituye el primer peldaño luego viene el de las relaciones de etiqueta, el escolar, el político y el jurídico. Por último viene la discriminación económica descrita, además, como una mezcla de hechos concretos y extrañas implicaciones oníricas.⁽²¹⁾

Siempre se acaba del mismo modo: retraso en la aplicación del Credo americano, necesidad de superar el prejuicio, la ignorancia, de apelar a la conciencia blanca y a la pacien-

te confianza de los negros, análisis de los síntomas y no de las causas, de las dimensiones estáticas y nunca de la dinámica.

La literatura sobre este tema refleja con fidelidad absoluta las falsas certezas de las burocracias políticas y el monólogo de la estructura de poder blanca y de sus «negros domésticos».

¿Qué es el ghetto negro? La definición tal vez más apropiada es la que nos da el sicólogo Kenneth Clark:

«Desde el punto de vista político, educativo y sobre todo económico, los ghettos negros son colonias. Sus habitantes son súbditos, víctimas de la avaricia, de la ferocidad, de la insensibilidad, del sentimiento de culpa y de terror de sus amos.

«Las dimensiones objetivas de los ghettos urbanos de Norteamérica son habitaciones decrepitas y atestadas de gente, una alta tasa de mortalidad infantil, enfermedades y criminalidad. Las dimensiones subjetivas son el resentimiento, la hostilidad, la desesperación, la apatía, el desprecio de sí y su correspondiente compensador, el comportamiento del fanfarrón.

«El ghetto es fermento, paradoja, conflicto y dilema. Sin embargo, en el ámbito de la patología que lo caracteriza hay una sorprendente sensibilidad humana. El ghetto es esperanza, desesperación, iglesias y ba-

res, aspiración de cambio y apatía, entusiasmo y estancamiento, valor y derrotismo, solidaridad y, al propio tiempo, sospecha, competencia y rechazo... (22)

Esta dinámica sociopsicológica se debe a un hecho fundamental que los activistas e investigadores de la HARRYOU, del CORE y del SNCC han considerado siempre como premisa de su trabajo y que hoy Stokely Carmichael y Rap Brown, como Malcolm X ayer, han traducido en términos de lucha. Esta dimensión fundamental es la **powerlessness**, la falta de poder, o sea, la condición colonial.

El prejuicio racial, esta imagen intelectualista que perturba los sueños de los liberales desde siempre, pero especialmente desde 1954, no es más que un aspecto exterior, subjetivo, pintoresco del racismo institucionalizado que ha creado y mantiene los ghettos.

El razonamiento para comprender las rebeliones de Watts, Newark, Detroit, Cleveland y el éxito del movimiento del Poder Negro no puede ser sino el razonamiento sobre el colonialismo.

El ghetto negro es un dispositivo de segregación peor, incluso, que la estructura social semifeudal de ciertos condados de Mississippi y de Alabama donde la esclavitud y la explotación se practican de forma anónima, bajo el manto de la ambigüedad jurí-

dica, en provecho de la sociedad «exterior». Su mecanismo, perfectamente estructurado en la dinámica de los grandes centros urbanos y, en una perspectiva más amplia, en el sistema socioeconómico, puede describirse así: exclusión social primaria —recuperación a nivel de subsistencia o, de todos modos, en posición secundaria— explotación a nivel de consumo —sumisión a los mecanismos de crédito— depauperación permanente y apatía política.

La exclusión se obtiene por medio de un tipo de desempleo que se podría definir como de control y que impide el acceso a puestos calificados y sobre todo perpetúa la inferioridad social de los negros como grupo.

Consideremos algunas tendencias fundamentales, teniendo en cuenta tanto el «desempleo oculto» como la dificultad de establecer los cambios cualitativos en el mercado de mano de obra negra, dificultad debida a las reticencias de los sindicatos, a la arbitrariedad de las contrataciones y de la distribución de las calificaciones.

En la década de 1950 a 1960, mientras la población blanca de los Estados Unidos aumentaba en un 17,6%, en la negra se verificaba un aumento de un 25,4%. La tasa de mortalidad, que a principios del siglo era de un 17 por mil para los blancos y del 25 para los no blan-

cos, descendió en 1960 hasta 9,4 y 10, respectivamente.⁽²³⁾

Es evidente que el descenso de la tasa de mortalidad entre los negros se debió al proceso de urbanización de los años cuarenta, que les permitió disfrutar de una asistencia médica ciertamente superior al total abandono sanitario del Sur rural, aunque no fuera comparable con la asistencia de que gozaba la clase media blanca. Cabe preguntarse si los negros hubieran podido disfrutar de los grandes progresos logrados por la medicina en aquel período sin emigrar hacia el Norte.

Entre 1940 y 50 el porcentaje de los inmigrantes negros en las regiones del nordeste de los Estados Unidos fue de un 34%, en los Estados del centro-norte de un 42%, y en un 61% en el oeste.

Entre 1950 y 60 estos porcentajes se convirtieron, respectivamente, en un 26%, 24%, 39%. Se calcula que, en el transcurso de la presente década, emigraron desde el Sur 1 552 000 negros.

La distribución por edades de la población negra se resintió del aumento absoluto y relativo. En 1966, un 42% de los no blancos estaban por debajo de los quince años, contra un 30,6% de los blancos. Contra un 45% de los blancos que ha superado los treinta y cinco años, sólo un 33% de los negros pertenece a esta clase de edad. La edad media de la población blanca es actualmente de 29,8, mientras que la de los no blancos es de 21,1.⁽²⁴⁾

El primero de julio de 1963, la proporción entre varones y hembras podía resumirse del siguiente modo:

Varones por 100 hembras

Edad	Blancos	No blancos
por debajo de los 5 años	104.4	100.4
de 5 a 9 años	103.9	100
de 10 a 14 años	104	100
de 15 a 19 años	103.2	99.5
de 20 a 24 años	101.2	95.1
de 25 a 29 años	100.1	89.1
de 30 a 34 años	99.2	86.6
de 35 a 39 años	97.5	86.8
de 40 a 44 años	96.2	89.9
de 45 a 49 años	96.5	90.6

Donald J. Bogue, quien estudió los datos del censo relativo a los varones negros, estableció en un 15% el margen de error en el cálculo del grupo comprendido entre los 19 y los 43 años de edad (hasta en un 19.8% para los de veintisiete, veintiocho años). Efectivamente, según los datos del censo parece que entre los 20 y los 40 años había muchos hombres menos con respecto a las mujeres.⁽²⁵⁾ Este detalle estadístico revela muy bien la «ausencia social» de muchos habitantes de los ghettos negros. Se trata de decenas de miles de personas que se dedican a tráficos ilícitos o que tratan de no dejarse localizar por las autoridades civiles o militares, desapareciendo en la jungla del ghetto.⁽²⁶⁾ Cuando son identificados en su lugar de nacimiento, estos «ausentes» se clasifican luego como «no pertenecientes a la fuerza de trabajo nacional» y, por consiguiente, no aparecen tampoco entre los desocupados.

En 1947 y 48 los desocupados sumaban un 5.1% entre los no blancos y un 3% entre los blancos; en 1964 la proporción era de un 10% para los primeros, mientras que el desempleo blanco era un poco inferior al 5%.

En lo que concierne a los jóvenes por debajo de los 20 años, mientras que en 1948 el porcentaje de los desocupados negros era inferior al de

los blancos, y en 1954 y 1955 era ligeramente superior, en 1964 era, oficialmente, más del doble.

Mientras los porcentajes del empleo de la fuerza de trabajo femenina negra siguen siendo más o menos los mismos que en 1948, aun sin tener en cuenta la «desocupación oculta», la tasa real del desempleo negro masculino era de un 13.5% en 1965 (22.6% para los jóvenes entre los catorce y los diecinueve años).

Se ha comprobado que la tasa de desempleo real entre los negros es tres veces superior a la que se observa entre los blancos —y no dos veces, como dicen las fuentes oficiales—;⁽²⁷⁾ y la proporción desfavorable resulta aún más evidente si se comparan los porcentajes en relación con los sexos. Como hace notar Charles C. Kilingsworth, si modificamos el cuadro expuesto en la nota, vemos que, mientras el desequilibrio entre los blancos y los negros aumenta a nivel de **high school** (a causa del porcentaje muy alto de jóvenes negros **dropouts**, o sea, de estudiantes que abandonan definitivamente la escuela), el máximo porcentaje lo alcanzan los que tienen entre nueve y quince años de instrucción. En este nivel (profesional, universitario), los negros son excluidos en la misma proporción y tal vez aún más que de los puestos de trabajo calificado en la industria, en el comercio, etc.

Si se consideran con atención, algunas de las características del desempleo negro nos dan una idea exacta de cómo funciona el mecanismo de expulsión. Ante todo, el porcentaje más alto de desocupados lo encontramos entre los jóvenes; y, mientras que entre los blancos la mayor parte de las personas sin trabajo es analfabeta o semianalfabeta, entre los negros sucede precisamente lo contrario. **Mientras más títulos de estudios poseen, o mientras más calificados están en el nivel profesional, menos encuentran empleo o, si lo encuentran, tienen que conformarse con un salario inferior.** En 1960, la renta media anual de los negros graduados de los **college** era de 5 020 dólares, o sea, 110 dólares

menos que la renta de los blancos que habían cursado sólo de uno a tres años de **high school**. En 1965, la la proporción había variado un 3.7% en perjuicio de los graduados negros. Este factor determinante demuestra que la tesis «liberal», a lo Michael Harrington, según la cual el problema negro se resolvería principalmente con la instrucción, no tiene fundamento en la dinámica real de la sociedad norteamericana.

Otro elemento que se añade al desempleo y al subempleo de los graduados es que en el Sur los negros hallan trabajo más fácilmente que en el Norte. Según el censo de 1960, el desempleo negro estaba distribuido sobre esta base:

	<u>Varones</u>	<u>Hembras</u>
Regiones del nordeste	2	1.6
Regiones del centro-sur (las más industrializadas y aquéllas donde existe un 36% de graduados y licenciados negros)	2.8	2.6
Oeste	2.3	1.8
Sur	1.7	1.7

«La diferencia de renta entre los blancos y los no blancos —escribe Herman P. Miller— aumenta con el nivel de instrucción alcanzado. La suma de los salarios percibidos durante toda la vida por no blancos con certificado de escuela primaria es inferior en un 33% a la de los

blancos en posesión del mismo certificado. Para el 'high school' llega al 40% y para los licenciados de la universidad al 50%.

«No se debe olvidar que en 1959 el no blanco licenciado de la universidad no podía aspirar sino a ganar menos que un blanco que hubiera

dejado de ir a la escuela en el octavo grado».(28)

A estos factores de la exclusión social primaria hay que añadir la discriminación sindical, mecanismo muy potente, capaz de mantener bajo su control la tensión social permanente, a costa de los negros, de los puertorriqueños, de los jornaleros mexicanos del Oeste.

En 1891, en el XI Congreso de la American Federation of Labor que tuvo lugar en Birmingham, Alabama, el presidente de la organización sindical Samuel Gompers dio la batalla para que se abandonara la discriminación racial en el AFL, con argumentos concretos y extraños a la retórica de la igualdad abstracta.

Dos años más tarde, en una carta a su amigo Jerome Jones, resumía así su posición:

«Si no se les da a los negros la posibilidad de salir de su condición, de defender sus intereses como hacen todos los demás trabajadores, bajarán cada vez más en la escala económica.

«... Si el trabajador blanco no acepta que el negro colabore con él en el sindicato, éste se verá obligado a aceptar la mano del patrón, que lo abofetea pero por lo menos le reconoce el derecho a trabajar. Si no nos ganamos la amistad de los negros, será perfectamente legítimo que se conviertan en nuestros enemigos... Quisiera que este lema

fuera aceptado por todos los trabajadores del Sur: Organicémonos en los sindicatos independientemente del color de la piel».

En marzo de 1895 la National Association of Machinists pidió que se la admitiera en la AFL. Era uno de los sindicatos más tenazmente racistas: en su estatuto se declaraba explícitamente que «podían ser aceptadas como miembros personas de reconocida raza blanca».(29)

Gompers y los demás dirigentes de la AFL pidieron y lograron de la NAM que se suprimiera esta cláusula que se mantuvo, sin embargo, en los manuales operativos, dejando inalterada la situación durante 60 años más.

La respuesta que mejor aclara el significado de esa supresión formal es la que el propio Samuel Gompers dio a la Brotherhood of Locomotive Firemen la cual, para entrar en la AFL, estaba dispuesta a imitar a la NAM, pero quería estar segura de que la admisión de los miembros no fuera objeto de ninguna interferencia.

«¿Acaso la AFL obliga a las organizaciones afiliadas a aceptar a trabajadores de color? Pues no, decididamente no. Nosotros no las obligamos a aceptar a trabajadores de color más de lo que les imponemos asumir a norteamericanos, a franceses, ingleses o eventualmente hotentotes».

«La AFL sigue la política según la cual las organizaciones afiliadas no se pronuncian en contra de la aceptación de un negro a causa del color de la piel. Si una persona o un grupo de personas, por cualquier razón, se alinea en contra de los intereses de los trabajadores, las organizaciones que los representan tienen derecho a negarle el ingreso...» (80)

Desde la primera huelga general en la historia norteamericana —en 1892, en New Orleans— en la que tomaron parte blancos y negros juntos, la participación de los negros en la vida sindical se ha caracterizado siempre por ese mecanismo: por un lado, el reconocimiento formal (o la lucha por lograrlo) del derecho a no ser excluidos en tanto que negros y, por el otro, la discriminación efectiva, causa, a su vez, de que la mano de obra negra se mantuviera en niveles de calificación bajos.

Magníficas batallas se libraron a nivel local, siempre desde abajo, para garantizar también a los negros el acceso a los mecanismos de inserción (escuelas profesionales, aprendizaje, cursos de fábrica para la calificación del personal, etc.), pero las organizaciones sindicales practicaron siempre la no discriminación a nivel de las profesiones formuladas de fe.

En 1942, A. Philip Randolph, de la AFL Brotherhood of Sleeping Car Porters, se hizo patrocinador de la idea de organizar una marcha negra

sobre Washington para exigir la aplicación del criterio de igualdad en las contrataciones y en los salarios; el presidente Franklin D. Roosevelt, decidido a evitar a toda costa la manifestación, nombró entonces una Comisión encargada de estudiar las reclamaciones concernientes a la discriminación en la industria. La Fair Employment Practices Commission (FEPC), la única medida, totalmente ineficiente, tomada por la administración Roosevelt en defensa de los derechos sindicales negros, fue liquidada en 1950.

La CIO (Congress of Industrial Organizations), creada el 9 de noviembre de 1935 por la escisión de la AFL, trató de combatir la segregación racial de facto en el interior de su estructura organizativa. De seis millones de inscritos, medio millón eran negros, y en 1941, en el congreso que tuvo lugar en vísperas de Pearl Harbor, se lanzó la famosa «Tarea número uno»: «Organizar sindicalmente el Sur».

Este proyecto se abandonó durante la guerra, gracias a la alianza monolítica de los dirigentes moderados con los comunistas, decididos, en este como en cualquier otro asunto, a cualquier renuncia con tal de sostener a toda costa la economía de guerra creada por la administración Roosevelt.

En 1944 se fundó la CIO, Committee to Abolish Racial Discrimination,

que funcionó durante algún tiempo en los Estados del Sur (llegó a tener hasta 85 comités locales). Pero los resultados obtenidos fueron muy limitados, ya que la CIO contribuía a reforzar el Partido Demócrata, pilar principal del sistema racial en el Sur, y que no supo plantearse nunca como objetivo estratégico el de enfrentar la discriminación como un hecho global de sociedad norteamericana, como un colonialismo ejercido en todos los niveles y distinto únicamente por su intensidad y evidencia.

En 1955, la AFL y la CIO se unieron en lo que es la mayor y más integrada organización sindical del mundo. He aquí el texto de la cláusula sobre la discriminación racial:

«La Federación (AFL-CIO) reconocerá en su constitución el derecho para todos los trabajadores, independientemente de su raza, de su fe religiosa, de su color, de su origen étnico, a disfrutar de todos los beneficios sindicales que la Federación ofrece a sus miembros. A cargo de la Federación estará la tarea de crear un mecanismo interno apropiado capaz de garantizar, en el plazo más breve posible, la aplicación efectiva de este principio de la no discriminación».

«Las expresiones "plenos derechos" o "iguales derechos" —comenta Art Preis— no aparecen en la cláusula. En cambio, la frase central es "todos

los beneficios". No se trata de una elección inocente ni accidental, sino de una expresión que oculta la doctrina de los "separados pero iguales"... El acuerdo de la Federación prometía garantizarles a los trabajadores negros todos aquellos beneficios que la organización sindical había obtenido para los trabajadores blancos. No prohibía explícitamente la exclusión de los negros de ciertos sindicatos o el sistema de relegarlos a las secciones de categoría B, a cuyos miembros se les negaban los plenos derechos en el interior de la organización. Con estos métodos será posible automáticamente seguir impidiendo a los negros el acceso a ciertas categorías de puestos de trabajo. Es evidente que no podrán gozar de "todos los beneficios" garantizados por el sindicato si no puede obtener ciertos trabajos calificados, porque no poseen el carnet sindical, o porque están segregados en secciones totalmente negras, lo cual es muy corriente en muchos sindicatos que forman parte de la AFL».⁽⁸¹⁾ En 1963, en el Congreso de la AFL-CIO, el secretario general George Meany negó que la discriminación sindical fuese un problema verdaderamente serio. Una comisión formada por Walter Reuther, responsable de la UAW (Sindicato de los trabajadores de la industria automovilística), por William Schnitzler y C. J. Haggerty se encargó de «hacer res-

petar los derechos civiles y garantizar el proceso de integración en las filas del AFL-CIO».

En casi todos los casos «investigados», los responsables de las secciones contestaban que los negros eran excluidos de los puestos más calificados «por motivos que nada tenían que ver con la discriminación racial». Y era cierto. Los derechos civiles tienen muy poco que ver con esto, y menos todavía las inclinaciones racistas o antirracistas subjetivas. Las causas no deben buscarse en la cláusula del estatuto de los Locomotive Fireman, que, hasta 1963, excluía de sus filas a «los no caucásicos», sino en la relación que existía entre las organizaciones sindicales y las necesidades objetivas de la industria, en el grado de integración entre los intereses privados y las posiciones de privilegio de sectores, relaciones que estas organizaciones alientan y mantienen en el interior de la clase trabajadora.

En el plano legislativo, existen desde hace tiempo todos los instrumentos para garantizar «iguales derechos» a los negros en el campo del trabajo. «Hasta ahora —escribe el jurista Sanford Jay Rosen— se han venido puntualizando muchísimas respuestas jurídicas al problema de la discriminación en el trabajo, y otras se están preparando. Especialmente en aquellos casos en que la relación entre la desocupación y las prácticas dis-

criminales es evidente para la sociedad en general, la jurisprudencia brindará respuestas que actualmente no podemos siquiera prever...

Ahora que se ha creado un catálogo tan denso de instrumentos legales, se deberá fijar la atención en la necesidad de crear un sistema para llevarlos a la práctica».⁽³²⁾

Los informes de la EEOC (Equal Employment Opportunity Commission), constituida en julio de 1965 para «garantizar», sobre la base del Civil Right Act de 1964, «igualdad de oportunidades en el trabajo, con encuestas sobre contrataciones, despidos, salarios, etc.», son obras maestras de partenogénesis.⁽³³⁾

Las perspectivas económicas de los negros resultan explicadas bastante bien por el informe de la Comisión nacional para la tecnología, la automatización y el progreso económico, de febrero de 1966:

«Las variaciones en las calificaciones requeridas (por la industria en proceso de automatización y continuo reajuste tecnológico) tienen efectos significativos sobre ciertos sectores de la mano de obra. Si los no blancos conservan el mismo porcentaje de puestos en cada sector que tenían en 1964, en 1975 tendrán cinco veces más desocupados que todo el resto de la fuerza de trabajo. En 1964, el 9,8% de los no blancos eran desocupados, con un porcentaje doble con respecto a los blancos. Si la

tendencia a calificar de nuevo los puestos de trabajo ocupados por los no blancos siguiera con el mismo ritmo de los últimos años, en 1975 el por ciento de los nuevos desocupados negros sería dos veces y media superior al de los blancos».⁽³⁴⁾

Pero el ritmo de «recalificación» será mucho más veloz, dicen los expertos de la Comisión. En otras palabras, una gran cantidad de puestos de trabajo ocupados actualmente por los negros será abolida gracias a la automatización, a la modificación de los criterios de distribución, geográficos, a la ulterior reducción de los que se dedican a la agricultura,⁽³⁵⁾ a la concentración cada vez más maciza de los negros en los *slums* de los grandes centros urbanos a la vez que se van descentralizando las industrias más modernas o las que renuevan sus maquinarias.

La transformación tecnológica de la economía norteamericana no es en absoluto la causa principal del previsto aumento en proporción geométrica de la desocupación negra, sino simplemente el más conspicuo factor de aceleración de un proceso estructurado en el sistema. Los *colleges* negros preparan a sus estudiantes para «puestos y empleos que no existen», como declaraba el 11 de abril de 1967 Eugene Mattison, director del Federal Contract Compliance, sección del Labor Department. Por lo demás, como ya vimos, un título

académico o una calificación profesional no significa igualdad de salario ni de perspectivas.

No es cierto que los negros constituyan la gran mayoría de los pobres. La Social Security Administration, a través de su especialista en el problema de la pobreza, Mollie Orshansky, nos da a conocer que, mientras más de la mitad de la población no blanca puede considerarse como indigente, para los blancos el porcentaje es de una séptima parte. De todos modos, puesto que los negros constituyen el 11% de la población,⁽³⁶⁾ los blancos pobres son necesariamente más numerosos. Entre los datos contenidos en ese ensayo de la Orshansky, el más interesante es que, en las grandes ciudades, los blancos pobres son un 25% más que los negros, aunque dos de cinco de estos últimos y sólo uno de cuatro de los primeros viven en las ciudades. Entre las personas pobres de edad superior a los 65 años, el por ciento de los blancos es cinco veces superior al de los negros.⁽³⁷⁾

Además de la zona deprimida de los Apalaches y de los pequeños cultivadores del sur y del suroeste con su miseria permanente, el desempleo blanco afecta sobre todo a las personas ancianas, que ya no son útiles para el engranaje productivo y que, por la inexistencia o la deficiencia del sistema de asistencia social,⁽³⁸⁾

quedan totalmente abandonadas a sí mismas.

En cuanto a las familias negras pobres, conviene observar algunos datos muy importantes para comprender mejor el mecanismo de pauperización de la dominación colonial. Una cuarta parte de las familias no blancas tiene a una mujer como jefe de familia; el 14% de todos los niños negros (contra el 2% de los niños blancos) reciben el subsidio social (AFDC).

Estos dos datos deben ponerse en relación con el proceso que llamaremos de deterioro en espiral de la familia negra.

El porcentaje de las mujeres negras jefes de familia es doble con respecto al de las mujeres blancas, y desde 1950 ha aumentado en un sexto; pero todos los asistentes sociales saben que sólo de un 20 a un 30% de los niños negros alcanzan la edad de la adolescencia viviendo con ambos padres. En 1950, mientras sólo un 4% de las familias blancas, por separación, divorcio u otra causa, no contaba con el padre, un 15% de las familias negras presentaba esta característica. En 1965 los porcentajes eran, respectivamente, de un 4.3% y de un 17.1%. El porcentaje de hijos ilegítimos entre los negros es ocho veces y media mayor que entre los blancos.

El deterioro en espiral de la familia negra tiene causas remotas y muy

profundas. Las masas de inmigrantes llegaron —y siguen llegando— desde el Sur, donde un sistema social cerrado y privado de cualquier perspectiva de emancipación socioeconómica les impulsa hacia los grandes centros urbanos del Norte. Los vínculos familiares, sólidos en una situación de dependencia total y de estancamiento en la miseria, están expuestos a la prueba de la escualidez de la vida en el ghetto, de las oportunidades de fáciles ganancias y, sobre todo, de la conciencia colectiva de no disponer de algún poder y de vivir en un recinto patrullado por la policía, a merced de la explotación directa por parte de la sociedad exterior.

Para un hombre desocupado o con el tipo de trabajo que un negro sin calificación alguna puede encontrar en las grandes ciudades, alejarse de su casa significa lograr que los hijos gocen del subsidio de los pobres. En sentido psicológico, esto significa sustraerse a responsabilidades a las cuales el mecanismo colonial le impide hacer frente, creando al propio tiempo en él un sentimiento de insatisfacción, de autocondena, de culpa. En las condiciones actuales, el sistema de asistencia pública es lo más engañoso y deshumanizador que se pueda imaginar.

«Crea una masa de gente desmoralizada e impotente que se ve obligada a chupar los recursos de los que,

en otras condiciones, estarían llenos de iniciativa. Tiende a crear y a mantener en vida dos Norteaméricas, una rica y defraudada de parte de sus riquezas, y un mundo del despilfarro en que hombres, mujeres y niños están condenados a seguir viviendo como mendigos, sin ningún poder y llenos de desprecio por sí mismos... Los síntomas de intolerancia que se observan en nuestras ciudades son una señal de alarma que anuncia la separación creciente entre las dos Américas del Norte. Aquel a quien se le ha enseñado a odiarse a sí mismo no puede hacer otra cosa que odiar al prójimo, y lo mismo vale para los grupos y las naciones sometidas.

«Por otro lado, es comprensible que existan los que sienten resentimiento por tener que alimentar perpetuamente a personas que no trabajan y cuyas condiciones provocan tumultos. La irresponsabilidad (de estos pobres) perturba, en todo el país, la tranquilidad y la paz de nuestras comunidades. Se están construyendo dos naciones, dos Américas del Norte que se enfrentan una a otra en un choque frontal. Los signos premonitorios del desastre inminente aparecen dondequiera y a pesar de ello no hacemos nada para evitar la catástrofe. La vitalización socioeconómica tiene que tomar el lugar de los subsidios.»⁽³⁹⁾ La verdad es que no «se están construyendo dos Américas del Norte»:

ya hay dos, siempre las ha habido. Sólo que el proceso de urbanización y las decisiones de la economía concentran hoy a la América negra en reservados mantenidos y acrecentados por la negativa (y la imposibilidad) de la estructura del poder colonialista a «incluir» a los negros.

El sistema de asistencia tiende a garantizar la mera supervivencia física de los necesitados, poniéndolos, a cambio de ello, bajo la tutela permanente de órganos anónimos y estructurados según la sicología y la mentalidad «blanca».

«... la desesperación del negro frente al rechazo racial —escribe Kenneth B. Clark— es agravada por el hecho de saber que es un peso económico para sí mismo y la comunidad. Por otra parte, el terror de los pobres refuerza los prejuicios de los blancos con respecto a los negros... Pocos comprenden las causas, que deben buscarse en la comunidad blanca: los trabajos domésticos y pesados mal pagados que los negros se ven obligados a aceptar, la desocupación creciente, la mala instrucción que reciben los niños negros, el sistema de la transformación en ghettos de nuevas zonas promovida por agentes de construcción sin escrúpulos, y muchos otros factores.»⁽⁴⁰⁾

El sentimiento de pasividad, de impotencia social que acompaña al negro durante toda su vida ha sido

reforzado y codificado en los objetivos y en la aplicación de los «programas de guerra a la pobreza», fundados todos no en la creación de estructuras productivas y en el apoyo a la independencia, sino en una extensión pseudosociológica de la asistencia pública.

El análisis tal vez más claro de las causas de esto —independientemente de las consabidas referencias a «límites económicos», «mala voluntad», «incompetencia organizativa»— está contenido en una página de Stokely Carmichael:

«En las ciudades, la mayor "agrupación" de intereses la constituye actualmente la nueva clase media. La tecnología, la concentración monopolista real y las inversiones públicas están transformando esa clase de propietaria en asalariada. Es una clase de licenciados y graduados, cuyo interés primario es procurar más objetos para los servicios, la administración y el control. Con este fin, necesita una expansión permanente, una clientela dócil y un poder organizativo suficiente para proteger su función y sus propios cuadros en aumento. Sus principios fundamentales son el servicio y la competencia específica. Es por esta razón que la nueva clase hace todo lo posible por ampliar todos aquellos proyectos que implican su contribución de administradores y para controlarlos a través de las asociaciones profesionales.

»De acuerdo con este desarrollo, las clases inferiores han sido transformadas de productivas en una masa de desocupados permanentes. Su valor ya no es el trabajo, sino la dependencia».⁽⁴¹⁾

Más que proponerse el objetivo de enfrentar el problema social, los programas federales de guerra a la pobreza se preocupan por crear estructuras organizativas que permitan a la nueva clase media de que habla Stokely Carmichael administrar el empleo público de la tecnología sin alterar los equilibrios económicos y sociales. Inevitablemente, todos los programas de calificación profesional, de adiestramiento, se resintieron desde el comienzo de la voluntad precisa de excluir a los negros, y también a los blancos pobres, de carreras y puestos de trabajo que podrían abrir el acceso al sector tecnológico, (industria electrónica, aeronáutica, química, etc.), al de la administración pública (programas de construcción, oficinas, estudios, agencias de evaluación y colocación, etc.) y de la defensa. Dicho de otro modo, las inversiones públicas sirven admirablemente para impedir que en las industrias del futuro, en los servicios fundamentales, en una palabra en todos aquellos sectores que disponen de poder y que deciden sobre la vida del país, puedan entrar los que actualmente están excluidos de ellos.

Además, la «nueva clase media» de administradores está interesada en mantener en su nivel un mercado de treinta y seis millones de pobres que le garantizan miles de puestos bien retribuidos, un gran poder de presión política y psicológica, una verdadera industria de la pobreza. Ciertamente, no se puede esperar que una burocracia escogida con criterios estrictamente políticos y electorales pueda enfrentar un problema social de estas proporciones, cuando todos los mecanismos de la sociedad están movidos por motivaciones opuestas. No se trata, pues, de subrayar que más de los dos tercios de los fondos —que este año se han reducido considerablemente para hacerle frente a los gastos de la guerra en Viet Nam— sirven para cubrir los balances organizativos de las varias «agencias», que las retribuciones de los funcionarios son excelentes y que la presencia de los negros está limitada al personal operativo.

La pobreza es un círculo cerrado para los habitantes de los ghettos, y eso lo saben los activistas de los programas instituidos con fondos públicos y privados desde 1961 y 1962 en adelante. Para salir de esta situación sería necesario que el «ataque a las condiciones fuera simultáneo», ya que, por ejemplo, ¿de qué sirve reforzar el sistema escolar, si al salir de la escuela los muchachos no encuentran un trabajo adecuado?⁽⁴²⁾

Los esfuerzos por asegurar la integración escolar quedan frustrados inexorablemente por la dinámica de la propiedad de bienes raíces. El método siempre es el mismo. Todos los ghettos se forman y se extienden del mismo modo que, por ejemplo, el ghetto negro de Harlem, el cual a principio del siglo era una zona residencial de lujo.

Gilbert Osofsky, autor de un estupendo libro sobre Harlem, así describe el proceso del **Blockbusting**: «Los propietarios de inmuebles, tanto individuales como las sociedades, se vieron amenazados por la deflación del mercado. Antes de afrontar la «ruina económica», algunos empezaron a abrir sus casas a los negros con los alquileres muy altos que la gente de color está acostumbrada a pagar. Otros se sirvieron de la amenaza de alquilar a los negros para convencer a los inquilinos blancos para que compraran la casa a precios más altos que los del mercado. Algunos hombres de negocios más astutos (se les llamaba entonces «hábiles compradores» y «chantajistas blancos», y hoy se les define con el término de **blockbuster**) explotan la situación haciéndoles comprar a los negros una casa aquí y una allá, a fin de poderse apropiar a precios muy bajos (la mitad del valor y aún menos) de las propiedades de los residentes blancos, aterrados por la llegada de los negros. Con estas téc-

nicas cierto número de especuladores lograron vender sus propiedades a precios muy altos y obtener de los negros alquileres exagerados».⁽⁴³⁾ Esta técnica de «volar la manzana» permite vaciar rápidamente una zona de sus inquilinos blancos y obtener ganancias que se calculan superiores en un ciento por ciento a las que consiente el mercado normal. El deterioro residencial de los centros urbanos es provocado, por un lado, por este mecanismo especulativo y, por el otro, por el desarrollo de comunidades suburbanas donde la clase media está defendida sólidamente contra cualquier infiltración negra. Una red de reglas explícitas y, aún más, implícitas, asegura la defensa del valor de la propiedad. El control de los nuevos inquilinos se ejerce a través de los propios corredores».⁽⁴⁴⁾ Relegados a los ghettos, los negros se ven obligados a pagar alquileres altísimos, mientras los propietarios de casas no tienen ningún interés en hacer reparaciones ni en mejorar los servicios. Las empresas privadas no construyen apartamentos baratos, y cuando deciden restaurar algún edificio es para subir el valor de alguna manzana colindante con el ghetto. Se verifica entonces el fenómeno muy limitado del «reflujo». Un apartamento de cinco habitaciones, que en un edificio en ruinas se alquilaba a los negros por 70 u 80 dólares mensuales, se puede restaurar y dividir

en dos apartamentos pequeños que se alquilan por 125 dólares cada uno. Los negros quedan expulsados automáticamente de la manzana restaurada.⁽⁴⁵⁾

Como ha sucedido siempre en las colonias, en el ghetto no existen estructuras productivas de ninguna clase: las tiendas, los bancos, las agencias de inmuebles están en gran parte en manos de comerciantes o sociedades ajenas a la zona. En Harlem, en 1961, había 5 tiendas por departamentos, 70 tiendas de muebles, 69 sucursales de compañías de seguros, 32 joyerías, 73 tiendas de licores, 264 restaurantes, 105 comedores baratos, 107 tiendas de víveres, 141 lavanderías, 5 bancos, 187 peluquerías, 110 barberos, 13 panaderías, 9 teatros, etc. En total 1 617 comercios subdivididos de la siguiente forma: 27% lavanderías, barberías o peluquerías; 35% restaurantes, comedores, tiendas de licores, etc.; los demás, con excepción de un 6% representado por las tiendas por departamentos, sucursales de sociedades distribuidoras, agencias de inmuebles y bancos, eran pequeñas tiendas con un porcentaje muy alto de quiebras.⁽⁴⁶⁾

Los negros controlan el 20 ó 25% de las tiendecitas, restaurantes, bares, pero en la mayoría de los casos no son propietarios de los locales. La conclusión de este análisis es que los negros sólo son consumidores. El ghetto es un mercado colonial donde se

venden mercancías y productos manufacturados en cuya producción los negros participan como fuerza de trabajo no calificada; es una fuente de ganancias muy altas en el campo de la venta de los bienes duraderos, de los seguros, en el sector de los bienes raíces y, puede decirse, de todos los géneros de consumo.

En setiembre de 1966, el Departamento del Comercio del gobierno federal publicó una guía del mercado para los negros, para llamar la atención del mundo de los negocios sobre las posibilidades de absorción de bienes y servicios por parte «de más de veinte millones de negros que hay en Estados Unidos».

«Además, esta guía —leemos en esta valiosa publicación del gobierno federal— quiere ser una fuente principal de informaciones para los que buscan mercados, los comercialistas, los que formulan estrategias de venta (sales strategists), que estudian las motivaciones de los negros en el consumo y ponen a prueba técnicas especiales destinadas a alcanzar el mercado del sector negro».⁽⁴⁷⁾

Esta publicación oficial, que constituye una prueba más del racismo institucionalizado, nos dice, por boca del ministro del Comercio John T. Conner, que «quiere brindar a la industria las informaciones fundamentales sobre un reciente descubrimiento de la ciencia del marketing, el descubrimiento del rentable mercado

del sector negro, que representa una concentración de poder adquisitivo de veintisiete mil millones de dólares al año.

En las dos paginitas del ministro aprendemos que «si los negros tuvieran el mismo nivel de instrucción que los obreros blancos, si ganaran tanto como ellos y gozaran de los mismos privilegios, su renta sería mayor en veinte mil millones de dólares. La industria sacaría de ello mayores ganancias y el GNP aumentaría en veintitrés mil millones de dólares.

«Es por esa razón que este mercado representa para los Estados Unidos una oportunidad y, al propio tiempo, una obligación. Será un mercado cada vez más rentable, si se les da a los negros la posibilidad de contribuir a la prosperidad general y de compartirla».

El ministro sugiere a los hombres de negocios que «con el fin de penetrar con éxito en este mercado especializado» se sirvan de la colaboración de los concesionarios negros. «Hay miles de ellos que están en condiciones de dirigir sucursales con provecho tanto para ellos como para las sociedades».

A esta claridad cristalina podemos añadir las condiciones del «mercado especializado». Busquemos su descripción entre las propias estadísticas oficiales.

En junio de 1966, el Bureau of Labor Statistics (BLS) publicó los resulta-

dos de una encuesta sobre los consumos realizada en seis grandes centros urbanos. Los funcionarios del BLS averiguaron los precios de los principales productos alimenticios y de consumo en las zonas residenciales y en los ghettos o semighettos. Los pobres pagaban los productos alimenticios mucho más caro, ante todo por la falta casi total de supermercados en las zonas en que vivían, porque lo compran todo en pequeñas cantidades y también por las notables diferencias de precio. Los comerciantes de los ghettos se justifican diciendo que el costo del seguro es muy alto y que muchas de las ventas se hacen a crédito.

El mecanismo de las ventas a plazos funciona en los ghettos con el máximo provecho. La poca instrucción de los clientes, el hecho de que están psicológicamente dispuestos a comprar objetos llamativos, verdaderos símbolos de prestigio, la presencia maciza de los viajantes de bienes duraderos, son factores menos importantes que la eficiencia anónima y despiadada de los llamados «sistemas de refinanciamiento». Basta entrevistar a cualquier jefe de familia, o a cualquier adulto del ghetto en edad de trabajar, para darse cuenta del lugar que tiene en su vida la maquinaria para las ventas a plazos. Se trata evidentemente de un fenómeno que en Estados Unidos ha llegado a proporciones

únicas y gigantescas.⁽⁴⁸⁾ pero que, debido a la falta de poder de los negros y a su vulnerabilidad económica y social, llega a tener el carácter de usura desmedida y total. He aquí algunos ejemplos:

«Una mujer nos contó que se había presentado en su casa un representante de comercio para venderle a su marido un curso de electrónica en 150 dólares. El hombre declaró que no sabía leer bien, pero el otro lo convenció de que no era necesario porque los cursos contenían las explicaciones audiovisuales más completas. Cuando llegaron los manuales, el marido vio que nunca lograría leerlos, los devolvió, pero todos los meses siguieron llegando las cuentas. Cuando se negó a pagar, la casa le aplicó inmediatamente el descuento del salario». Intereses: 27%.

«Un joven dijo que había comprado en \$800 un automóvil usado dando una entrada de \$50. Firmó el contrato y el comerciante lo dejó esperando mientras averiguaba si era solvente. Después de hora y media le dijo que había mentido y que si quería el carro tenía que añadir \$400 de entrada. El joven tuvo que marcharse sin el carro y no pensó más en el asunto. Cuatro meses después recibió una cuenta de \$200. Cuando le pidió explicaciones al comerciante, éste le contestó que había comprado la máquina y, al no

usarla, se había depreciado, de modo que se le había tenido que vender en \$600 en lugar de 800. La diferencia corría por cuenta del joven. Este, naturalmente, se negó a pagar, pero la suma le fue descontada inmediatamente del sueldo».

Timothy O'Seyre y su mujer, con seis meses de embarazo, compraron en una gran tienda de muebles una alfombra y un sofá en \$299, dando una entrada de \$99 y comprometiéndose a pagar cuatro plazos de \$50. Tres semanas más tarde recibieron un aviso de la H. y P. Finance and Loan Co., que exigía el pago de seis plazos de \$50.

«Puesto que nunca había oído hablar de esa sociedad de financiamiento y estaba seguro de que no le debía nada, Timothy no contestó la carta».⁽⁴⁹⁾

La sociedad envió su cobrador para poner el embargo, y la cosa se complicó porque la esposa de Timothy, maltratada por el funcionario y en estado de shock, abortó. Además de un juicio que tuvo que enfrentar por haberle dado un puñetazo al director de la tienda de muebles y que ganó gracias a la intervención de su hermano que le adelantó \$1 500 para el abogado, Timothy tuvo que pagar \$100 más para los otros intereses (cerca de un 40% en cuatro meses).

Los negros son consumidores que responden muy fielmente a las ex-

pectativas de la industria y emplean su renta en los sectores de consumo inmediato, mientras que para los capítulos de instrucción, vivienda, gastos médicos, obtienen los servicios peores, a pesar de que pagan mucho más que las familias blancas.⁽⁵⁰⁾

Esta dinámica objetiva del colonialismo interno ha hecho vanos todos los esfuerzos por resolver el «problema negro» con los instrumentos formalmente aceptados y permitidos por el sistema.

Las comunicaciones entre la llamada minoría negra y la sociedad en general están prácticamente interrumpidas en la actualidad. Los líderes inventados por los blancos, los Martin Luther King, los Roy Wilkins, los Whitney Young, que predicán la no violencia a su pueblo, aprueban la intervención de las divisiones de la Guardia Nacional en Newark y Detroit y no tienen ya nada que decir frente a la represión desencadenada por la estructura del poder.

Aunque ya no tienen influencia alguna sobre las masas negras ni ninguna perspectiva futura, sin embargo, siguen constituyendo, mal que bien, coartada muy útil al racismo hipócrita de los «liberales» y al decrepito tacticismo de la izquierda curial. La opinión pública media no tiene posibilidad de comprender las cosas. La violencia de los tumultos raciales la perturba. Aislada de sus causas,

vista de forma episódica y unilateral, se la hace pasar por criminalidad, anarquismo, rebelión desesperada. Pero ahora ya no. La sangre que corre por las calles de las ciudades norteamericanas donde los negros no son en modo alguno una minoría⁽⁵¹⁾ es el precio de una lucha por la conquista de aquel Poder Negro que es el único que puede emancipar a la gente de color contribuyendo a transformar toda la estructura de la sociedad, sus relaciones fundamentales, sus valores.

Las grandes metrópolis se vacían de blancos, que se atrincheran en las comunidades suburbanas, donde la defensa de la homogeneidad residencial es cada vez más cara. En Los Angeles, sobre una casa de un valor de 40 mil dólares ya se pagan \$1000 de impuesto y lo mismo sucede en las comunidades suburbanas de New Jersey, de Michigan y de Massachusetts.

Los gastos para una masa de desocupados permanentes, gastos indirectos sobre todo (fuerzas de policía, seguros altísimos, escuelas privadas y semiprivadas, precios privilegiados de zonas residenciales «seguras», etc.), los pagan las comunidades locales, mientras aumentan los problemas de las administraciones, incapaces de controlar el despoblamiento de los centros, el traslado de las industrias a Estados donde «los negros están en su lugar», la

discriminación en las escuelas públicas.

Cuanto más crecen los ghettos, tantos más impuestos tienen que pagar los blancos, y, por otra parte, cuanto más aumentan las zonas suburbanas (tanto más «caen las ciudades en manos de los negros».

Hasta hoy, éstos no han tenido poder. Un puñado de tíos Tom los ha representado «a la manera de los blancos». Pequeños hombres, en su mayoría, temerosos burguesitos ansiosos, como decía Malcolm X, «de pasar lo menos posible por negros». Su era se acabó. Un juez en la Corte Suprema, un senador después de noventa años, un funcionario sin ningún poder llamado por Johnson «alcalde de Washington», no hacen sino profundizar el surco entre las masas del ghetto, entre los *cats in the street* una magra burguesía colonial que no participa en ninguna decisión, no controla ninguna palanca de mando y no hace más que recibir un sueldo para convencer a su gente de que se conforme con la «torta en el cielo».

Poder Negro no significa el consabido partido sin el cual las burocracias políticas y el hombre medio «occidental», desde los Urales hasta las Montañas Rocosas, serían incapaces de concebir incluso la impresión de un manifiesto. Es una dinámica social, psicológica, económica que se está configurando como rechazo glo-

bal del colonialismo en la madre patria y en todas las subprefaturas del imperio, en los tres rincones de la tierra.

Es por esta razón que los negros de Norteamérica han empezado a hablar en primera persona, como mayores de edad.

Este libro nació por una doble necesidad. Ante la rápida radicalización del movimiento negro, ante el progresivo derrumbe de las mediaciones políticas y, por el otro lado, ante la clara posición represiva del Orden, es necesario volver a recorrer las etapas del Poder Negro y, concretamente, explicarnos a nosotros mismos y a los demás lo que significa para las colonias urbanas de Norteamérica.

La consigna se vuelve ambigua, aunque en sí no lo es, en cuanto se formula en los términos tradicionales. Los negros quieren el poder para participar en la sociedad blanca. En nuestro país, especialmente algunos periódicos de izquierda, han seguido llamando hasta hace poco «líderes integracionistas» a Stokely Carmichael y a Rap Brown.

Lo primero que significa Poder Negro es la negativa a aceptar la integración, porque no existe modelo de desarrollo, forma organizativa, programa de rehabilitación que pueda ser entendido fuera de las finalidades de la estructura de poder existente.

Aceptar cualquier estrategia propuesta por los blancos significaría repetir la experiencia de diez años de lucha por los derechos civiles: tantas batallas, algunas verdaderamente heroicas, tantos reconocimientos formales, gritos de indignación y de admiración y luego, concretamente, la derrota total, la frustración.

Todos los negros, lo menos «negroides» posible, que el Orden ha llevado a desempeñar papeles cautelosamente escogidos entre los más formales, han contribuido a empeorar la condición de las masas de los ghettos. En el plano social, los pocos privilegiados han mantenido sus peticiones dentro de los límites impuestos por la estructura de poder blanca y, blandiendo el ejemplo de su renta superior, han hecho más soportable la realidad de los excluidos.

Para el Orden, la lucha por los derechos civiles llenaba la útil función de impedir que estallara la lucha por los derechos humanos. Las concesiones que se hacían, aunque eran pocas, genéricas y a un precio desproporcionado, no valían nada, ya que ¿quién hubiera debido llevarlas a la práctica?

Sin poder ni perspectiva de tenerlo, los negros fueron reducidos a la esperanza. Se esperaba de ellos la palma del martirio, como los primeros cristianos. La conciencia blanca se hubiera sentido perturbada y la fuer-

za de ánimo, el ímpetu del amor, hubieran acabado por resolver los problemas que el mecanismo socioeconómico no dejaba remover.

Era algo más que la mediación política, ya tan eficaz de por sí, tan importante. Era el intento de hacerles aceptar a los negros el deseo de los blancos de liberarse, en el nivel celeste, de los efectos de culpas seculares, de complicidades colectivas pasadas y presentes. La lucha por los derechos civiles mantenía el asunto dentro del ámbito nacional norteamericano, impedía que la condición negra se explicara con la lógica del imperio. Aún en el nivel puramente intelectual y psicológico, la acepción de los derechos civiles como objetivo supremo y de la no violencia como único medio para alcanzarlo correspondía a aceptar una hegemonía, un comportamiento y una estrategia objetivamente contrarios a la emancipación del negro con respecto a la sociedad, o sea, a la transformación radical de ella.

La experiencia de la lucha por los derechos civiles volvió a poner en discusión de manera dramática el problema del abstracto reconocimiento desmentido por la realidad social. Si, por un lado, era históricamente necesario intentar la vía del gradualismo jurídico, por el otro, las relaciones de poder y la dinámica socioeconómica no permitían llevar a la práctica principios que hubieran

abierto inmediatamente un razonamiento social.

Ya fuera la dominación abiertamente represiva o paternalista, ya fueran las leyes implícitas o explícitas, en el sistema de poder norteamericano e imperial los negros siguen siendo una colonia interna.

El primero en tener conciencia de esta simple verdad, el primero en concebir el problema negro como «el problema número uno de la sociedad blanca» fue Malcolm X. Publico algunos de sus documentos que dan cuenta de su evolución política del último año. Se trata de textos en su mayoría inéditos, o poco conocidos, que van de las declaraciones después del II Congreso de la Organización para la unidad africana a la asombrosa «lección» sobre la historia afroamericana. He querido incluir también el programa de la Organización para la unidad afroamericana, que hubiera debido distribuirse entre los miembros precisamente el 21 de febrero de 1965, el día en que Malcolm X cayó bajo los golpes de sus asesinos. Las dudas, las lagunas que se notan en ese programa forman parte de la laboriosa evolución del movimiento y son tan importantes y significativas como las claras líneas de acción propuestas contra los líderes integracionistas en nombre de la necesidad de la autodefensa.

En la segunda parte, el ensayo de Simonetta Piccone Stella, que ha colaborado también en la traducción de varios documentos, analiza los desarrollos del SNCC, sus experiencias de lucha en el Sur, de análisis sociológico de las fuerzas reales, indicando las razones por las cuales el movimiento de Stokely Carmichael y Rap Brown está hoy a la vanguardia del movimiento del Poder Negro. Le siguen todos los principales documentos, artículos, manifiestos que muestran la elaboración del concepto de Poder Negro en todos sus aspectos. En la sección siguiente he querido publicar todas las principales voces contrarias al movimiento, a fin de brindar la gama más completa de las diferenciaciones políticas y los argumentos aducidos por los varios grupos.

La última parte del libro está dedicada a las personas del ghetto. Son entrevistas realizadas casi todas por mí y por mis colaboradores norteamericanos, documentos verídicos, vivos, a menudo impresionantes.

El otro motivo en que se basa este libro es que el problema del Poder Negro no es ajeno a ninguno de nosotros. Es el llamado a la autodecisión, la necesidad nueva de hacerse protagonistas, el rechazo de la mentira, el llamado a tomar conciencia de nuestra unilateralidad.

En nuestro país, pues, en la atmósfera asfixiante y casera de nuestra

crítica, la discusión sobre el Poder Negro podría tener una función muy particular. Es cierto que el tono de los que se ven obligados a veces a hablar de él (¿cómo se pueden ignorar los sucesos de Newark, Detroit y otras veinticinco ciudades?) es el del pequeño redactor con su tintura croceana, del fabricante de globos sociológicos traducidos del inglés, del funcionario político que se pasa el día observando el movimiento de las cejas del Gran sacerdote, del exangüe intelectual que hace de la no violencia (practicada por los negros, por supuesto) un sucedáneo del LSD, o del redactor o redactora de crónica social que presenta a los jefes del Poder Negro como muchachotes incultos y dotados de secretas, excitantes cualidades.

Pero también es cierto que, objetivamente, todo razonamiento nuevo no puede empezar sino desde abajo, desde los aspectos removidos, de lo que no es recuperable, de los condenados de la tierra. A pesar de la algazara de todos esos solícitos, disponibles «devotos del vacío», la voz de los ghettos se deja oír cada vez más fuerte. No es el canto **Vencemos**, sino el grito del muchacho de Detroit herido por las ráfagas de los paracaidistas: **«Don't let them shoot you through the grease no more! Be man, cats, be men!»** «No se dejen tirotear ya! Sean hombres, cats! ¡Sean hombres!»

Este grito nos concierne a todos, está destinado al mundo entero.

Le agradezco a Simonetta Piccone Stella su insustituible contribución a la realización de esta dura tarea.

Debo mi agradecimiento a Betty Shabazz, viuda de Malcolm X, ejemplo estupendo de valor y dignidad; a Ella Collins, la dinámica e inflexible hermana que los lectores de la **Autobiografía** recordarán por su estatura humana; a los amigos George

Brettman, Robert Vernon, Masha Lunde, Ernest Nasar, Elias Boukhara, James Bogg, a la sicoterapeuta Pat Robinson y a tantos, tantos otros que, con su ayuda, sus opiniones y su tesón, han hecho posible este trabajo.

Sobre todo les doy las gracias a los **cats in the street** que nos están enseñando lo que hemos sido, lo que somos y lo que podríamos llegar a ser. A ellos les dedico este libro.

126. 875

NOTAS:

1) Este episodio, poco conocido en Europa, es muy significativo para mostrar el mecanismo de la supremacía blanca y la solidaridad que la cultura de la dominación logra suscitar siempre, tanto en la derecha como en la izquierda, cuando se trata de «razas» inferiores.

El 19 de febrero de 1942, el presidente Franklin D. Roosevelt firmó la orden 9066 que el Congreso convirtió en seguida en la ley 503, que se hizo ejecutiva el 21 de marzo. Con esa ley se autorizaba al ejército a hacer evacuar a los habitantes de zonas militares designadas por el ministro de la Guerra y a internarlos en campos de concentración. En noviembre de ese mismo año, después de intensas campañas de prensa, violencias gravísimas y continuadas por parte de los blancos, ciento diez mil norteamericanos de origen japonés fueron encerrados en diversos campos de concentración. Setenta mil habían nacido en los Estados Unidos.

«La operación se llevó a cabo sin la menor protesta. Solamente Norman Thomas, algunos tenaces defensores de los derechos civiles como A. L. Wirin, de la sección californiana de la American Civil Liberties Union (la organización, por su parte, se negó a condenar la medida) y un puñado de maestros y pastores protestantes dejaron oír su voz. Los comunistas, enfrascados en la «guerra popular», aprobaron la evacuación de los ciudadanos de origen japonés y dieron incluso a entender que no hubiera sido una mala idea enviar a Norman Thomas junto con los internados» (JOHN P. ROCHE: *The Quest for the Dream, the Development of Civil Rights and Human Relations in Modern America*; Nueva York-Londres, 1963, pág. 197).

Algunos datos interesantes: el apoyo incondicional del periodista liberal Walter Lippman a la ley contra los «japoneses» de California, la campaña de prensa unánime basada en mentiras burdas, ya que no se verificó un solo caso de sabotaje, y la típica opinión de Earl Warren, en aquel entonces procurador general de California y, veinte años más tarde, juez constitucional y presidente de la comisión de investigación sobre el asesinato de J. F. Kennedy. Warren envió a la Comisión del Congreso una relación donde se afirmaba que «la ausencia de actos de sabotaje es altamente significativa, porque indica que los disciplinados japoneses esperan una señal para actuar todos juntos, por sorpresa». Sobre el episodio de los «japoneses» internados cayó una tupida cortina de silencio. Hay que observar que a los ciudadanos de origen italiano y alemán, como grupos, nunca se les hizo el menor daño. El perjuicio económico causado a la comunidad de origen japonés por la internación fue de cerca de 500 mil millones de dólares, «reembolsados» en 1948 con treinta y ocho millones, distribuidos con criterios muy dudosos.

El comandante en jefe de la defensa de la Costa Occidental de los Estados Unidos, general John L. Dewitt, declaró: «En la guerra que estamos librando, los lazos de raza no pueden ser destruidos por la emigración. La raza japonesa es una raza enemiga y, aunque los japoneses están aquí desde hace dos o tres generaciones y se han "americanizado", sus características raciales permanecen intactas» (J. ROCHE: *op. cit.*, pág. 196).

Tal vez sea oportuno recordar que el instrumento legislativo creado por la Admi-

nistración Roosevelt para internar a los ciudadanos de origen japonés ha sido revitalizado en el apéndice (Title II) del Internal Security Act de 1950, que lleva el nombre del senador McCarran.

La ley autoriza al ministro de Justicia a internar en lugares designados por él... todos aquellos que se tenga razón de considerar que puedan tener buenas probabilidades de incurrir, solos o juntos con otros, en actos de sabotaje y espionaje». Esta ley entra en vigor automáticamente después de la proclamación del estado de emergencia en el interior del país por el Presidente.

En 1952, el ministro de Justicia J. Howard McGrath declaraba que había dispuesto el mantenimiento «con a stand-by basis», siempre listos para su uso, los campos de concentración en seis localidades de los Estados Unidos. Para la documentación en este sentido, véase CHARLES R. ALLEN, Jr.: *Concentration Camps in USA*; Nueva York, 1966.

2) JEAN-PAUL SARTRE: *Réflexions sur la question juive*, París, 1954, pág. 176.

3) MAX HORKHEIMER y THEODOR W. ADORNO: *Dialektika dell'illuminismo* (Dialektica de la Ilustración), trad. italiana (Turín, 1966) de la edic. de 1947.

4) Este concepto se encuentra en casi todos los discursos de Adolfo Hitler antes de la toma del poder. Por ejemplo, al hablar a los cuadros bávaros del partido nazi en 1931, dijo:

«La tiranía de estas sanguijuelas se hace tan pesada que estallan tumultos contra ellos. Si se considera a estos extranjeros con atención, se descubren en ellos características y manifestaciones tan repugnantes que el abismo que nos separa de ellos se vuelve insalvable. En tiempos de crisis y de frustración social, la ira acumulada contra ellos finalmente estalla y las masas arruinadas y explotadas hacen uso de la legítima defensa para liberarse de este flagelo de Dios».

5) OLIVER CROMWELL COX: *Caste, Class and Race. A Study in Social Dynamics*, Nueva York, 1959, pág. 393 (la primera edic. es de 1948).

6) M. F. A. MONTAGU: *La raza. Análisis di un mito* (La raza. Análisis de un mito),

trad. ital. Turín, 1966, pág. 317 y 331; el subrayado es mío.

No debemos asombrarnos, pues si este argumento de la «civilización» ha sido el caballo de batalla de los intelectuales occidentales preocupados por sublimar la *Vergeltung* de Israel.

«La responsabilidad de la tragedia de los hebreos de Europa, la responsabilidad de Auschwitz y Maidanek, y de las matanzas del ghetto recae totalmente sobre nuestra "civilización" burguesa occidental, de la que el nazismo fue el hijo legítimo, aunque degenerado. A los árabes se les hizo pagar el precio por los delitos cometidos por Occidente en perjuicio de los hebreos. Y siguen siendo los árabes los que pagan, porque la "conciencia culpable" de Occidente es, naturalmente, filoisraelita y anti-árabe. E Israel, ¿cómo se ha dejado corromper por el dinero de esta conciencia culpable de Occidente!» (ISAAC DEUTSCHER: *Entrevista sobre la guerra árabe-israelí*, en «New Left Review», no. 44, julio-agosto de 1967.

7) CARLOS MARX: *La cuestión judía* (ensayo publicado en febrero de 1844 en el primero y único fascículo de los «Deutsch-Französische Jahrbücher»).

8) Uno de los componentes del antisemitismo, especialmente en los Estados Unidos, ha sido siempre la acusación de deshonestidad comercial dirigida contra los hebreos. «La sociedad actual, donde sentimientos y renacimientos religiosos están a la venta en el mercado como la herencia de las revoluciones, donde los jefes fascistas contratan a puerta cerrada el territorio y la vida de las naciones, mientras el público iniciado evalúa el precio a la radio, la sociedad donde incluso la palabra que la enmascara es un título para ser acogido en un racket político; esta sociedad donde ya no sólo la política es un business, sino que el business es toda la política, se escandaliza de los antiguos modos de mercader del hebreo y lo tacha de materialista, de usurero que tiene que ceder el fuego sagrado de aquellos que han erigido el business en absoluto» (MAX HORKHEIMER y THEODOR ADORNO: *op. cit.*, pág. 186).

9) Benjamin Nelson resume así esta dinámica: «Originariamente, los hombres se sienten unidos como hermanos por los vínculos de sangre existentes en el interior

de la tribu, y consideran a los extraños, a "los demás", como enemigos contra los cuales se puede actuar sin restricción moral alguna. Pero el sentimiento religioso de la fraternidad en el interior de la tribu y la explotación de los extranjeros por medio de la guerra son sustituidos gradualmente por un cálculo económico que acaba por regular todas las relaciones. La "hermandad" se hace competitiva y no cooperativa a medida que se hace universal y deja de ser tribal... Todos los hombres parecen volverse hermanos porque tienden, en igual medida, a ser "los demás". (BENJAMIN NELSON: *The Idea of Usury*, Princeton, 1949, pág. 73).

10) ALFRED ROSENBERG: *Der Mythos des 20. Jahrhunderts. Ein Wertung der seelisch-geistigen Gestaltenkämpfe unserer Zeit*, Hoheneichen Verlag, Munich, 1937, pág. 459 y 460.

Rosenberg añade, citando un pasaje de Oskar Schmitz: «El fariseísmo es el demonio malvado de los hebreos. Es el portador de la esperanza mesiánica y a la vez monta la guardia para impedir que venga el Mesías... Es ésta la forma más peligrosa que asume la negación hebraica del mundo... El fariseo niega el mundo con toda su actividad y lo hace todo para asegurarse de que nada cobre forma. Es impulsado en este sentido por un sentimiento demoníaco. Esta aparente negación es, en realidad, también un tipo de afirmación particularmente fuerte, pero con un signo negativo. El budista sería del todo feliz si el mundo se fijara alrededor suyo en una forma definitiva y armoniosa, mientras que el fariseo quedaría destruido si la vida que lo rodea no asumiera constantemente formas nuevas, porque entonces su función negadora no encontraría ningún objeto a qué aplicarse».

11) ALFRED ROSENBERG: *op. cit.*, página 462.

12) Cfr. por ejemplo, entre la inmensa literatura, NATHAN W. ACKERMAN: *Anti-Semitic Motivation in a Psychopathic Personality: A Case Study*, en «*The Psychoanalytic Review*», 34, 1, 1947; BRUNO BETTELHEIM y MORRIS JANOWITZ: *Dynamics of Prejudice. A Psychological and Sociological Study of Veterans*, Nueva York 1950; E. GOFFMAN: *On Cooling the Mark Out: Some Aspects of Adaptation to Failure*, en «*Psychiatry*», vol. 15 (1952).

pág. 451 a 465. Según las historias clínicas analizadas en estos trabajos, el hebreo es percibido siempre por los pacientes como «el destructor», «el que contradice», «el conspirador», «el que disfraza y finge aceptar nuestros valores», «el hábil manipulador dotado de grandes cualidades diplomáticas», «el Anticristo» (definido así por personas ancianas, en general incultas o incluso analfabetas), «el que se sustrae a los deberes militares» (lugar común entre los veteranos estudiados por Bettelheim y Janowitz), «el tentador» (lugar común muy difundido entre las mujeres menos jóvenes). Como se comprende fácilmente, estas definiciones son todas más o menos tautológicas y se derivan del estereotipo psicológico-religioso del hebreo como lo negativo, el caballo de Troya de la cultura occidental. Mientras que los entrevistados parecían estar todos de acuerdo sobre el tema de la maldad y peligrosidad del hebreo, nadie ponía en duda sus cualidades intelectuales, su tenacidad, su imaginación. Es más, como es evidente, la tendencia en general es la de exagerar estas cualidades, lo que le permite al antisemita instigar a que la vigilancia sea mayor y, al propio tiempo, sentirse individualmente más «heroico».

13) G. G. F. HEGEL: *Lecciones sobre la filosofía de la historia* (el subrayado es mío).

14) JOHN C. CALHOUN: Discurso del 10 de enero de 1938 en: *Slavery Defended. The View of the Old South*, a cargo de Eric L. McKittrick, Englewood Cliffs, N. J. 1963, pág. 18.

15) Es oportuno recordar lo que escribía en 1932 el «filósofo de la libertad» acerca de las conquistas coloniales europeas: «Era expansión política y comercial, que se exaltaba en la conciencia de la civilización europea, de la potencia de su ciencia y técnica, del deber y del derecho que le daba hacia todos los demás pueblos que había que elevar gradualmente hasta la misma forma de civilización; y en ella conflúan las fuerzas, otrora distintas, de los conquistadores y de los misioneros, reunidas ahora en el Estado moderno, que representaba aquel derecho y aquel deber. Los procedimientos eran a menudo duros y crueles, como en Argelia, en las guerras para someter y doblegar poblaciones bárbaras o reacias en su civilización».

inferior; pero encontraban justificación en el futuro bien, en el *timor domini principium sapientiae*. (B. CROCE: *Storia d'Europa nel secolo decimonono* (Historia de Europa en el siglo XIX), Bari 1932, pág. 242.

16) TALCOTT PARSONS: «Full Citizenship for the Negro AMERICAN? A Sociological Problem», en *The Negro American*, a cargo de Talcott Parsons y Kenneth B. Clark, con

prefacio del presidente L. B. Johnson, Boston, Cambridge, 1966, pág. 708 a 754.

Para dar una idea panorámica de la argumentación del escolástico, no se me ocurre nada mejor que repetir el cuadro ontológico-comparativo que se encuentra al final del ensayo.

Creo que el cuadro siguiente le será útil al lector para interpretar la discusión del problema:

Grupos simbólicos en relación con el problema de la inclusión

Centro de la ansiedad	Incluidos pero con ambigüedad	Objeto de proyección
Vínculos ajenos a la comunidad. Gran capacidad de realización unida a un espíritu de «clan».	Hebreos.	Grupos extranjeros no definidos, sospechosos de «antiamericanismo».
Característica común: difusa extrañeza. Dominante alrededor de los años '20 y hasta los '30		
Vínculos de colectividades autoritarias, presumiblemente conspirativas.	Católicos	Comunistas.
Característica común: una organización a la que se considera en condiciones de adueñarse del poder. Dominante un poco más tarde, alcanzó su punto culminante en la era de McCarthy.		
Incapacidad de participación plena.	Fundamentalistas.	Negros (color como símbolo).
Característica común: la inclusión podría desacreditar la calidad de la ciudadanía. Dominante desde 1954 aproximadamente.		

Modelos para la inclusión

HEBREOS-EXTRANJEROS: participación plenamente diferenciada especialmente con respecto al sistema de la ocupación —diferenciando estado ocupacional de pertenencia étnica— aceptación por un lado y por el otro abandono del espíritu de «clan». Solidaridad orgánica.

CATOLICOS-COMUNISTAS: pluralización en sentido político-analítico. Tránsito desde el altruismo al egoísmo en el sentido de Durkheim. Aceptación por ambas partes del principio según el cual la ciudadanía no está definida por la posición en una estructura «de columnas» del tipo descrito por Rokkan y Lipset. Problema de la lealtad.

FUNDAMENTALISTAS-NEGROS: tendencia a elevarse. Desarrollo de la capacidad de participar plenamente, después de haberse liberado del estigma de inferioridad como réprobos y pecadores o biológicamente inferiores. Animales y niños simbólicos. En cuanto a los negros, gracias a la dinámica fundamentalista, la argumentación termina así: «... La comunidad negra tiene la oportunidad de definirse como la punta más avanzada de una de las más importantes mutaciones cualitativas de la historia norteamericana y de hacerlo no sólo por la legítima tutela de sus intereses, sino para satisfacer un imperativo moral...».

17) Oliver C. COX: *op. cit.*, pág. 393.

18) Cfr. el texto muy documentado *Strangers in the Land. Patterns of American Nativism 1860-1925*, de JOHN HIGHAM, Nueva York, 1965 (1a. ed. 1955); OSCAR HANDLING: *The Uprooted. The Epic Story of the Great Migration that made the American People*, Nueva York, 1951.

19) United States Bureau of Labor, *The Italians in Chicago: A Social and Economic Study*, 55 Congr., 1 ses. Senate Document, n. 138, Washington, 1897 pág. 28. Sobre la inmigración italiana en general, cfr. ROBERT F. FORESTES: *The Italian Emigration of Our Time*, Cambridge, 1919; *American Immigration Policy: A Reappraisal*, a cargo de WILLIAM S. BERNARD, Nueva York, 1950, además del citado *Strangers in the Land* de JOHN HIGHAM, que cita artículos de revistas y todo el material de las comisiones del congreso.

20) ARNOLD ROSE: «Los negros en América», en la investigación dirigida por Gunnar Myrdal (*An American Dilemma*, Nueva York, 1944).

Inmediatamente después de la publicación de la relación, aparecieron críticas muy severas, tanto a los criterios estadísticos empleados por Myrdal como a la interpretación de los datos y a la ausencia de toda perspectiva histórica. Cfr., por ejemplo, HERBERT APTHEKER: *The Negro People in America* (Nueva York, 1946), el ensayo de LEO P. CRISPI: *Is Gunnar Myrdal on the Right Track?*, en «*The Public Opinion Quarterly*», n. III, 1945 y, sobre todo, OLIVER C. COX, *op. cit.*, capítulo 23, pág. 509 y siguientes.

21) I. Muchos obreros blancos, a pesar de que piensan que los negros deberían participar honradamente en las posibilidades de trabajo que el país ofrece, se oponen a la competencia negra en las localidades, en las industrias, en las ocupaciones y en los establecimientos donde trabajan ellos mismos;

2. algunos clientes no quieren dejarse servir por negros, a menos que el negro realice un servicio evidentemente inferior;

3. muchos empresarios piensan que los negros son inferiores como obreros, salvo para los trabajos en medio de la suciedad, del calor o que por alguna otra razón no son atractivos. Quizás más importante aún es el hecho de que se preocupan mucho por

las reacciones antinegras tanto de los clientes como de los obreros blancos.

«Otra condición general que contribuye al malestar económico de los negros es que la mayoría de los blancos ignoran el daño que les han causado a los negros en el campo económico. No es esta una causa "primaria", evidentemente; sólo explica cómo los blancos han podido hacer todo lo que han hecho sin remordimiento de conciencia. Francamente, no creemos que la situación económica de los negros hubiera llegado a ser tan difícil, si los blancos se hubieran dado cuenta de que todas las discriminaciones económicas específicas se suman y conspiran para cerrarle el camino al negro que trata de progresar» (*Op. cit.* pág. 181). El subrayado es mío.

22) KENNETH B. CLARK: *Dark Ghetto. Dilemmas of Social Power*, Nueva York, 1965, pág. 11. Se trata de la versión condensada y en forma de ensayo de la investigación socioeconómica promovida por la Harlem Youth Opportunities Unlimited Inc. (HARYOU): *Youth in the Ghetto. A study of the Consequence of Powerlessness*, Nueva York, 1964.

23) U.S. Department of Labor: *The Economic Situation of Negroes in the U.S.*, Bulletin S-3, 1962 y 1963.

24) Los datos estadísticos presentados aquí son extraídos, salvo indicación contraria, de: U.S. Department of Labor. *A Report on Manpower Requirements, Resources, Utilization and Training*, Washington, marzo de 1965; *Manpower Report to the President*; boletines mensuales del U.S. Department of Labor; documentos estadísticos del Department of Health, Commerce; *Vital Statistics of the United States y Current Population Reports*.

25) DONALD J. BOGUE, BHASKAR D. MISRA y D. P. DANDEKAR: *A New Estimate of the Negro Population and Negro Vital Rates in the United States*, en «*Demography*», vol. I, n. 1, 1964, pág. 348.

26) Esto preocupa mucho al *Establishment*. El 7 de agosto de 1967, el senador John McClellan (demócrata de Arkansas) propuso que se realizara un censo nacional de estos 'house rats'. La motivación oficial era que había que establecer si esos «ratones domésticos» eran «pensionistas» o bien vagabundos que se aprovechaban de las

subvenciones de las instituciones de asistencia a las mujeres con niños, no casadas o carentes de cualquier apoyo (*«International Herald Tribune»*, 9 de agosto de 1967).

27) CHARLES C. KILLINGSWORTH: *«Negroes in a Changing Labor Market», en Employment, Race and Poverty*, Nueva York, 1967.

Años de escuela cursados	VARONES			HEMBRAS		
	Blancos	No blancos	%	Blancas	No blancas	%
Escuela primaria						
de 0 a 4 años	10.4	7.7	0.74	5.6	8	1.42
de 5 a 7 años	7.1	10.5	1.48	9.9	10	1.01
8 años	6.5	10.6	1.63	6	7.8	1.30
Escuela secundaria						
de 1 a 3 años	5.9	11.3	1.92	7.3	14.4	1.97
4 años	3.8	8.7	2.29	5.1	11.6	2.27
College						
de 1 a 3 años	3.6	7.3	2.03	4.5	12.6	2.80
a 4 años	1.3	4.3	3.31	1.7	—	—

28) HERMAN P. MILLER: *Rich Man, Poor Man*, Nueva York, 1964, pág. 155. Cfr. también: DANIEL C. THOMPSON: *The Negro Leadership Class*, Englewood Cliffs, 1963 (Estudio sobre la *leadership* negra limitado a New Orleans).

29) PHILLIP S. FONER: *History of the Labor Movement in the United States*, Nueva York, 1955, cap. II. Sobre las vicisitudes sucesivas de la NAM, que se convirtió luego en *International Association of Machinists (IAM)*, cfr. Art Preis, *Labor's Giant Steps*, Nueva York, 1964.

30) Citado por HERBERT HILL, en *«The Racial Practices of Organized Labor the Age of Gompers and after»*, en *Employment, Race and Poverty*, cit. pág. 369.

31) ART PREIS: op. cit., pág. 514 y 515. Acerca de la discriminación organizativa en perjuicio de los negros en la perspectiva histórica del movimiento sindical norteamericano, cfr. R. MARSHALL: *The Negro and Organized Labor*, Nueva York-Londres, 1965.

32) SANFORD JOY ROSEN: *The Law and Racial Discrimination in Employment*, en *«California Law Review»*, agosto de 1965 (con una amplia documentación).

33) La comisión declara haber obtenido gracias a su obra de conciliación algunos «dramatic firsts» (negros empleados por primera vez en algún sector «segregado» de la economía). «Algunos negros han llegado a ser vigilantes en los astilleros de los estados del Sur, otros han sido contratados como empleados de ventanilla por bancos del estado de Carolina del Norte; las mujeres negras que, en una fábrica de cigarrillos del Sur, hasta ahora habían tenido acceso a 12 calificaciones, han sido admitidas en 90; en Texas, algunos ciudadanos de origen mexicano y en Alabama algunos negros han sido readmitidos en sus puestos y han cobrado sus sueldos atrasados, después que habían sido despedidos, gracias a la intervención de la Comisión» (Octubre de 1967).

34) *Technology and the American Economy*, Report of the NCOTAEP, Washington, 1966, pág. 31.

35) Un ejemplo clásico del proceso de eliminación de los puestos de trabajo ocupados por los negros en la agricultura es el *delta del Mississippi*. Aquí las familias de los jornaleros negros viven con una renta de 500 dólares al año (se les paga

tres dólares por una jornada laboral de doce horas). En el mes de abril de 1967, una cuarta parte de la población del Mississippi, medio millón de personas, recibieron alimentos gratuitos del Gobierno Federal «con el fin de impedir que murieran literalmente de hambre». Varios episodios dan fe de la desesperación de esta gente, episodios que culminan con la concentración de novecientas personas acampadas, en mayo de 1967, casi delante de la Casa Blanca, para protestar porque el OEO (Office of Economic Opportunities) no había cumplido con la erogación de un millón y medio de dólares para la construcción de casas en el delta.

El empleo de tractores, máquinas para la cosecha del algodón, herbicidas y transportadores mecánicos han eliminado en dos años al 35% de los jornaleros y el 27% de los puestos de trabajo colaterales. A estos negros no les queda otra alternativa que la de emigrar a los ghettos del Norte, ya que, como declaró un funcionario del propio Labor Department, «podrían encontrar trabajo en las fábricas que se abren en muchos lugares del Sur, si estuvieran calificados para ellos» (UPI, 26 de mayo de 1967).

36) El 1º de julio de 1967, la población negra era de 21,598,000 unidades contra los 18,816,000 de 1960.

37) MOLLIE ORSHANSKY: *The Poor in City and Suburbs, 1964*, en «Social Security Bulletin», diciembre de 1966.

¿Según qué criterio estableció la Social Security Administration que en 1964 existían en los Estados Unidos 34 millones y seiscientos cuarenta mil pobres?

«El de pobreza es un término genérico para definir varios tipos de privación —se dice en un informe preparado por el Upjohn Institute for Employment Research—. Hasta la simple medición de las dimensiones materiales de la pobreza es una tarea muy elusiva, porque no existe una definición universalmente aceptada de la pobreza económica».

M. Orshansky, cuyo criterio de evaluación ha sido aceptado oficialmente por el gobierno de los Estados Unidos, propuso que se tomara como punto de referencia los gastos de alimentación, que no deberían superar un tercio de la renta. El mínimo vital sería de \$3,200 aproximadamente por

una familia de cuatro personas. Sobre este modelo desarrolló todas las demás variables. He aquí las principales:

a) La pobreza crece proporcionalmente al número de los hijos y el aumento de la prole tiende a aumentar las necesidades sin aumentos proporcionados de la renta.

b) Sólo una de 8 familias con un único hijo pertenece al grupo de los pobres, mientras la mitad de las familias con seis hijos está en esa categoría.

c) 5,700,000 niños pertenecen a 2 millones de familias en las que el padre trabaja todo el año en un puesto fijo.

d) 7,400,000 personas, de las cuales 4,400,000 son niños, pertenecen a familias cuyo jefe es una mujer. Solamente tres de diez de estas mujeres jefes de familia estaban ocupadas en 1963.

e) Los 22,300,000 miembros de familias pobres cuyo jefe es el padre y los 7,400,000 que dependen del trabajo de la mujer jefe de familia viven por debajo del nivel mínimo de subsistencia: los primeros por debajo de \$250 por cabeza, los segundos por debajo de \$400.

f) Más de una quinta parte de las familias pobres tenían como jefe a una persona de más de 65 años de edad, mientras 2,600,000 ancianos vivían solos.

g) Tres jefes de familia de cinco trabajaban todo el año (1963).

h) A pesar de que una cuarta parte de las familias pobres tenían más de un familiar con empleo, la renta global no era suficiente para mantener a la familia.

«No se puede dejar de sacar la conclusión —escribió Mollie Orshansky— de que para varios millones de familias norteamericanas el sistema salarial no brinda más que la pobreza».

MOLLIE ORSHANSKY: *Counting the Poor*, en «Social Security Bulletin», enero de 1965 y *Who's Who Among the Poor*, en «Social Security Bulletin», julio de 1965.

38) La cuestión de la falta de una asistencia social válida y universal, tan poco conocida en Europa, donde los altos salarios de los trabajadores norteamericanos se consideran como algo absoluto, debe tenerse presente en todas las evaluaciones de la pobreza en los Estados Unidos.

«El sistema salarial norteamericano —dice una publicación del propio Department of

Labor— ofrece altas rentas a los trabajadores individualmente, pero muy raras veces está organizado de modo que satisfaga las necesidades de la familia como grupo. Casi sin excepciones, los sistemas de asistencia social de las demás democracias industriales garantizan alguna indemnización o suplemento a los trabajadores que tienen la familia a su cargo. Aquí en los Estados Unidos, aparte de las deducciones fiscales, no existe nada por el estilo». (*The Negro Family*, Office of Policy Planning and Research, U. S. Department of Labor, Washington, marzo de 1965).

39) NATHAN WRIGHT JR.: *Black Power and Urbans Unrest*, Nueva York, 1967.

40) KENNETH B. CLARK: *op. cit.*, pág. 48. Sobre los problemas de la pobreza y de la asistencia pública en particular cfr. HERBERT KROSNEY: *Beyond Welfare: Poverty in the Supercity*, Nueva York, 1966; RICHARD M. ELMAN: *The Poorhouse State: the American Way of Life on Public Assistance*, Nueva York, 1966; JOSEPH P. RITZ: *The Despised Poor: Newburgh's War on Welfare*, Boston, 1966; *Anti-Poverty Programs*, a cargo de Robinson O. Everett, Nueva York, 1966. Es interesante observar que la amplia literatura sobre la pobreza ha sido publicada en gran medida después de 1965, cuando resultó claro el fracaso de los varios «programas de guerra a la pobreza» promovidos por la administración Kennedy primero y, después, en medida más amplia tanto en sentido legislativo como político, por el presidente Johnson.

41) STOKELY CARMICHAEL y CHARLES V. HAMILTON: *Black Power, The Politics of Liberation in America*, octubre de 1967 (Una traducción mía de este ensayo será publicada dentro de poco. R. G.)

42) En lo que concierne a la segregación escolar es sabido que, desde 1954, año de la sentencia de la Corte Suprema, la situación ha empeorado en el Sur (Doce años más tarde un solo negro de diez frecuentaba escuelas «integradas»). En el Norte, a pesar de los considerables esfuerzos realizados por asistentes sociales, maestros y organizadores, el *apartheid* escolar crece todos los años. En *New York City*, en 1957 y 58 existían 64 escuelas con un 90% de estudiantes negros o portorriqueños. Hoy son 147.

Sobre la unilateralidad o inconsistencia de estos programas, cfr. PETER MARRIS y MARTIN REIN: *Dilemmas of Social Reform. Poverty and Community in the United States*, Londres, 1967.

43) GILBERT OSOFSKY: *Harlem: the Making of a Ghetto Negro New York 1890-1930*, Nueva York, 1963, pág. 92.

44) Para un análisis de este mecanismo de «defensa» de las zonas suburbanas cfr. mi *Diálogo sulla società americana* (Diálogo sobre la sociedad norteamericana), Turín, 1964, cap. "La revolución suburbana".

45) He aquí algunos datos sobre la explotación residencial en perjuicio de los habitantes de los ghettos negros. Entre 1950 y 1960, de Nueva York ha desaparecido un 71% de los apartamentos que se alquilaban en menos de 50 dólares, mientras ha aumentado en seis veces el número de los que cuestan más de 100 dólares. Los alquileres han aumentado en la medida aproximada de un 50%; pero las casas «substandard», o sea, en ruinas y casi siempre carentes de servicios, el aumento ha sido de un 65%. También en Nueva York, un 25% de las viviendas es «casi del todo inhabitable» y, entre ellas, las que en los barrios pobres se alquilan en 40 ó 49 dólares, en el ghetto negro y portorriqueño cuestan entre 50 y 74 dólares. Ochocientos veinticinco mil personas viven en Nueva York en casas en ruinas, con un índice de concentración que es casi el triple de las otras zonas (*Housing Statistics Handbook. Mayor's Housing Executive Committee*, 1965).

46) *Youth in the Ghetto. A Study of the Consequences of Powerlessness*, cit. pág. 113. Datos extraídos parcialmente de KENNETH B. CLARK, *op. cit.*

47) U. S. Department of Commerce. *A Guide to Negro Marketing Information*, Washington, setiembre, 1966.

48) Cfr. en este sentido el último capítulo de mi *Diálogo sobre la sociedad norteamericana*, cit.

49) ROBERT CONOT: *Rivers of Blood, Years of Darkness*, Nueva York, 1967, pág. 108 y siguientes. Este libro es el mejor análisis de la rebelión de Watts, Los Angeles, en el verano de 1965.

50) El Dr. Andrew F. Brimmer, del «Board of Governors» del «Federal Reserve System», presentó en 1964 un memorándum en el XI Congreso de la National Association of Market Developers (*Economic Trends in the Negro Market*), en el cual analizaba los porcentajes en el aumento de los consumos para el período de 1950 a 1961. El criterio empleado era el de comparar las familias blancas y las negras y su propensión al consumo. La tabla que sigue indica, pues, el porcentaje dedicado a los varios capítulos en relación con la renta, y no concierne a la magnitud de ésta.

Es conveniente tener en cuenta este elemento para no considerar las dos escalas sobre la base del mismo volumen de renta. La tabla nos es útil para conocer la orientación de las «preferencias»:

Capítulos de los gastos	Familias negras	Familias blancas
Instrucción	4.22	3.06
Mant. de la casa	2.39	1.40
Mant. de casas de propiedad	2.25	2.11
Automóvil	1.93	1.12

Capítulos de los gastos	Familias negras	Familias blancas
Gastos médicos	1.80	1.56
Alquiler	1.74	0.72
Gastos personales	1.66	1.58
Comidas fuera de la casa	1.2	0.51
Libros, revistas	1	0.85
Tabaco	0.91	0.78
Diversiones	0.78	0.56
Electricidad, combustible para calefacción	0.64	0.54
Ropa	0.64	0.54
Bebidas alcohólicas	0.49	0.75
Transportes (con excep. del automóvil)	0.43	0.77
Muebles	0.17	0.13
Alimentos (en la casa)	0.12	0.27
Total consumo	0.80	0.81

Y he aquí el cuadro de comparación (parcial, ya que me ha parecido oportuno unificar algunos capítulos) entre los gastos para los consumos, respectivamente para 1950 y 1961, de las familias negras y blancas:

FAMILIAS NEGRAS

Capítulos de gastos	G. globales		%	
	1950	1960-61	1950	1960-61
TOTAL \$	2614	3707	100	100
Alimento total	834	929	31.9	25.1
" en la casa	720	760	27.5	20.5
" fuera de la casa	114	169	4.4	4.6
Ropa, servicios	356	464	13.6	12.5
Vivienda	723	1163	27.7	31.4
Combust., elect., agua refrigerada	132	178	5	4.8
Muebles	188	203	7.2	5.5
Transporte	253	435	9.7	11.7
Gastos médicos y cuidados personales	175	319	6.7	8.6
Alcohol y tabaco	177	155	4.4	3.5
Diversiones	95	130	3.6	3.5
Instrucción y lecturas	29	55	1.1	1.4

FAMILIAS BLANCAS

Capítulos de gastos	E. globales		%	
	1950	1960-61	1950	1960-61
TOTAL \$	3938	5610	100	100
Alimento total	1162	1357	29.5	24.2
" en la casa	936	1070	23.7	19.1
" fuera de la casa	227	287	5.8	5.1
Ropa, servicios	446	571	11.3	10.2
Vivienda	1069	1647	27.1	29.3
Combust., elect., agua refrigerada	161	253	4.1	4.5
Muebles	269	287	6.8	5.1
Transporte	538	839	13.7	15
Gastos médicos y cuidados personales	294	537	7.5	9.5
Alcohol y tabaco	135	189	3.5	3.3
Diversiones	176	228	4.5	4.1
Instrucción y lecturas	61	117	1.5	2.1

51) Entre 1950 y 1960, la población negra de Baltimore ha aumentado de un 23.8% a un 35%; la de Chicago de un 14.1% a un 23.6%; la de Cleveland de un 16.3% a un 28.9%; la de Detroit de un 16.4% a un 37%; la de Filadelfia de un 18.3% a un 26.7%; la de S. Luis de un 18% a un 28.8%, la de Washington de un 35.4%

a un 58.9%. En esta última ciudad no se osa hacer el censo porque ya los negros constituyen casi un 64%. En las escuelas públicas de estas ciudades, los muchachos negros representan un 64% en Baltimore, un 56% en Chicago, un 53% en Cleveland, un 57% en Detroit, un 60% en Filadelfia, un 64% en S. Luis.

